





Casa fría

115

PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA BREVE

ROSARIO CASTELLANOS 2017

BIBLIOTECA  CHIAPAS

María Cristina García Cepeda  
SECRETARIA DE CULTURA

---

Manuel Velasco Coello  
GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS

Juan Carlos Cal y Mayor Franco  
DIRECTOR GENERAL DEL CONECULTA-CHIAPAS

Susana del Pilar Utrilla González  
COORDINADORA OPERATIVA TÉCNICA

Marco Antonio Orozco Zuarth  
DIRECTOR DE PUBLICACIONES

López Mañón, Adolfo

Casa fría / Adolfo López Mañón — Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México :  
CONECULTA. Dirección de Publicaciones, 2018.

130 p. ; 21 cm. — (Colección Biblioteca Chiapas. Serie Premios, 115).

ISBN: 978-607-8471-54-6.

1. México — Vida social y costumbres — Novela. 2. Novela mexicana.  
3. Novela costumbrista. I.T. II. Ser.

863M

Dirección de la Red de Bibliotecas

© ADOLFO LÓPEZ MAÑÓN

D. R. © 2018

Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, Boulevard Ángel  
Albino Corzo 2151, Fracc. San Roque, 29040, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

publicaciones@conecultachiapas.gob.mx

ISBN: 978-607-8471-54-6

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

CULTURA  
SECRETARÍA DE CULTURA



CONSEJO ESTATAL  
PARA LAS CULTURAS  
Y LAS ARTES DE CHIAPAS



CHIAPAS NOS UNE

ADOLFO LÓPEZ MAÑÓN



*Casa fría*



## Andanzas

La Revolución mexicana dejó a los ricos, pobres y a los pobres, locos. En mi familia nunca asimilaron el nuevo desorden. Mezcla de criollos y mestizos, zarzuela con mariachi: esquizofrenia doméstica. De eso salió de todo, y yo en 1951 —solo desde los diecisiete—, con modales de noble y magra carterera.

He rodado por medio país y comido de once oficios, topándome con santos y cabrones; damas y pindongas; sabios e imbéciles; poderosos y miserables: la humanidad, ese estupendo tapiz, urdimbre de ruindades y virtudes.

Compulsivo lector desde muy niño, escribo desde los trece. Un buen maestro me dijo: “No lo dejes”, y no lo dejé.

En 1974 empecé a escribir para políticos de toda ralea, también tras bambalinas, para que firmaran otros, y luego columnas propias en varias revistas y periódicos. Sumo a estas alturas de la vida, varios miles de colaboraciones publicadas.

Por desdén al “ambiente literario” —capillitas de elogios mutuos y odios gratuitos—, mis novelas las hacía para mí y algunos pocos. A los cuarenta me dio por publicar, tarea que hace ridículos los trabajos de Hércules. Lo dejé por la paz, como la zorra a las uvas, con el consuelo de que mis narraciones gustaran a don Ernesto de la Peña, y haber ganado dos veces el primer premio del concurso internacional de novela en español, de la Asociación de Críticos y Comentaristas de Arte, con sede en Miami, Florida, con *Mirífica* y *Cabujón*, aunque hay otras varias hibernando.

Inexplicable optimista, siempre al paio y con los trapos sueltos.

*Casa fría*, la escribí en siete días, de un tirón, como se sacan las espinas.









## I

Hay noches en que puedes dormir de un tirón, otras en que descansas a intervalos, largos o cortos. Ya nadie te tiene que ir a levantar; el cuerpo sabe y a horas fijas se endereza y se viste. Para cuando estás pensando, has hecho varias tareas de la rutina de siempre.

Yo, normalmente, despierto cuando aparece, entre la niebla, el faro del tren; ya atizado el carbón —para poner a punto los calderos, que nunca se dejan enfriar—; encendidas las dos luces del andén, donde se planta mi padre, impecablemente vestido sosteniendo su linterna de luz roja y verde, según el lado que veas. Siempre está en todo desde antes, y lo desaprueba todo con su mirada y su poco hablar, lo hagas como lo hagas.

Al terminar yo de barrer el andén —haga falta o no—, el tren ha conseguido detener la marcha, bufando y chirriando, y ahí se queda resoplando vapor hasta que, 45 minutos después, se escucha la voz acerada de mi padre decir: —Todos a bordo —sacando del bolsillo del chaleco el reloj, para anotar la hora precisa de la partida. Una vez, un maquinista nuevo arrancó sin esperar el “todos a bordo”; la ocasión siguiente, nomás pisar el andén, mi padre lo privó de un solo puñetazo. Con él no hay bromas; el tren no parte sino hasta que él autorice, ya seguro que lleva empaquetadas

las vidas completas que debe llevar, dejando sólo las que, por lo que sea, debe dejar.

Los que vienen en el ferrocarril casi siempre bajan a estirar las piernas, a comer algo, beber café. Con el tiempo aprendes a conocer a la gente nomás al verla: qué tan pobres son, sus angustias, si van de paseo, si van en fuga de sus propias vidas.

Nuestra estación es pequeña pero no poco importante. Los trenes son casi todos de carga y tiran de uno o dos carros de pasajeros, tres cuando mucho.

Antes y después de nosotros están las agujas para el cambio de vías. Por eso importa la estación y más a mi padre, quien tiene en la mente el registro exacto del horario y destino de cada tren, sin dejar por eso de consultar su reloj de leontina, ni de verificar el tarjetón de los itinerarios. Otra cosa importante es que recibe el bolsón del correo; aquí llega rara vez y con pocas cartas, que él conserva en su oficinita; ahí va la gente a preguntar si le ha llegado algo, muchos piden que se las lea.

Cuando vuelve del cambio de vía nocturno, con su andar pesado, llevando su linterna, lo primero que hace es sentarse en la cocina a fumar su pipa. En invierno regresa con escarcha en el bigote.

Algunos pasajeros bajan del vagón con todo y maletas; esos van a esperar otro tren para llegar adonde van. Son siempre pocos, pero no es raro tener alcobas ocupadas.

Las comidas y el hospedaje son negocio de mi padre. La compañía del ferrocarril le paga sólo por cuidar los cambios de vía, administrar la venta de los poquísimos billetes que

aquí se venden y llevar el control de las corridas, como llaman al registro de arribos y partidas.

Si del tren baja un pastor o un campesino ya sé que ése no entra a la estación. No es que esté prohibido, es que no entra. Se arrebuja en sus cobertores y se queda en el andén. No sé si comen, si van al baño. Mi padre hace como si no los viera, ahí, tendidos en el piso de piedra, muy pegados al muro.

Mis dos hermanas también trabajan en la estación, pero no de noche; de noche es Sebastiana la que sirve de comer y lleva junto conmigo, maletas y bultos a los cuartos que rentamos, que son siete y siempre sobran.

Los que se hospedan están unas pocas horas nada más. Entre un tren y otro. Una comida o dos. Algunos se bañan, creen que se van a sacar el frío con el agua caliente, es al revés. No sé por qué.



Frío. Es lo primero que recuerdo en mi vida; frío siempre, excepto algunas escasas mañanas. Frío y niebla; noches de sueño interrumpido. Humedad permanente; sábanas mohosas. Todo lo que no uses a diario se enlama con una pelusilla verde que mancha y huele a viejo.

Sebastiana guarda junto a la chimenea del comedor, en un arcón de encino requemado, la ropa de cama de los huéspedes, y le pone manojos de flores silvestres. Esas sábanas huelen bien y no se manchan. Dice que no cabe nuestra ropa. Sé que lo hace por fastidiar a mi padre, quien la monta desde que enviudó cuando tenía yo nueve años. Yo creía que mis

hermanas no lo sabían, aunque me llevan dos y tres años; ahora sé que todos estábamos en ello.



Mi padre es un toro, entre fuerte y mediano, velludo de dar asco.

Todo en él es preciso: habla en telegrama, se lava las manos con exactitud (con la palma de una talla el dorso de la otra, cinco veces y al revés; se enjuaga trenzando los dedos, tres sacudidas y toma la toalla para secarse con cinco movimientos en cada mano); recorta con precisión de orfebre su bigote; mantiene las uñas a ras; sus zapatos brillan. Jamás parece arrugar su uniforme de un azul profundo y botonadura dorada.

Desde muy pequeño sé que es colérico aunque nunca grite. Con su voz profunda sólo da órdenes. Lo que más lastima cuando te castiga es que use el mismo tono que cuando te manda a comprar tabaco para su pipa: —Cinco azotes —no dice más, y tú, en la mesa de la cocina, donde comemos todos para no desordenar las mesas de la estación y porque es el lugar menos frío, te bajas los pantalones —no vale la pena tratar de huir—, y con las nalgas al aire, a la vista de todos, te inclinas ya llorando, hasta que el frío en la carne es cambiado por el ardor doloroso del primer cintarazo. Pone los azotes exactos, casi en el mismo lugar, con pausa y fuerza. No es que nos pegue mucho, es que no se te olvida la humillación. De chiquillo, al bajarme los pantalones ya estaba yo chorreando meados de miedo; la vergüenza me hacía berrear. Con los calzones entre las rodillas, hechos nudo, limpiaba el piso.

Mis hermanas me veían con pena. Sebastiana, con sus malos modos, me curaba los verdugones con grasa de cerdo. Ella, la verdad, es buena; creo que nos quiere, a mí y a mis hermanas.

Ya más grande, seguro de poder controlarme, tiré a propósito un frasco de tinta sobre la libreta en que anota la venta de billetes, con su letra dibujada y hermosa. Eso fue, creo, cuando yo tenía doce años. Salió de su oficinita y sin una palabra, revisó las manos de mis hermanas, primero, y las mías, al final. Todos estábamos limpios. —Quién fue —dijo sin agregar nada. —Yo —respondí con la garganta cerrada. Esa vez nadie sabía qué pasaba. Era igual. Me propinó diez azotes que me dieron calentura. Lloré, eso no lo para nadie, pero ni un quejido dejé oír. Ya para acabar, abrí la boca; a la mesa cayeron lágrimas, babas y mocos; tenía la cabeza hirviendo, sudaba a raudales, pero no logró que me meara. Sin verlo, con la vista baja, me subí los pantalones, delante de él y de ellas sabiendo que había ganado. Salió sin decir nada, poniéndose el cinto.

Mis hermanas no escapan a los azotes. Lo único distinto, desde que se hicieron mujeres, es que sólo les sube las faldas; los calzones, en su lugar.

De vez en cuando alguien hace algo que merece castigo. Él nunca corrige en privado; sabe que así castiga un poco a todos.

Hace mucho, mi hermana, la mayor, ya con las faldas arriba, inclinada sobre la mesa, le dijo que lo pensara mejor. Mi padre, con el cinto doblado en dos, tomándolo por la hebilla, se quedó quieto. —¿Qué? —sonó su voz como nunca de iracunda, casi gritó. —Que lo pienses; si me pegas me voy, aunque acabe de puta. Pasaron unos segundos y ella se enderezó acomodándose el vestido. Mi padre le dio un

bofetón que le reventó el lado derecho de la boca. Ella estuvo con media cara inflamada casi una semana. Nunca se volvieron a dirigir la palabra; bueno, casi nunca.

Él sabe que ninguno de nosotros tiene un céntimo. ¿Con qué nos vamos a ir?

Lo cuento porque así es, pero normalmente no molesta a nadie. Si te cuidas, no te metes en problemas. Da sus órdenes, lo obedeces y santas pascuas.

Impone respeto. Hasta el pasaje y los huéspedes, al verlo, comprenden que con él no hay bromas.



Los maquinistas, fogoneros y guarda-frenos, comen en la cocina. Son gente alegre y buena. Mi padre raramente pone un pie ahí mientras están ellos. Se mantiene distante. No hace amigos. A mis hermanas y a mí nos conocen todos, desde recién nacidos, incluso nos llevan alguna chuchería en navidades o por el cumpleaños de alguno. Todos pobres de solemnidad, todos orgullosos de su trabajo.



Descubrí lo de Sebastiana con mi padre como a los trece años.

Robé un pote de miel de la alacena, me lo fui bebiendo a escondidas a lo largo del día, el estómago me mataba en la noche. La diarrea parecía interminable y los retortijones cada vez eran peores. Ya grande, entiendo que no fue la miel lo que me sentó mal, sino el miedo al castigo.



El caso es que, tratando de no hacer ruido para evitar que mi padre se diera cuenta, fui al cuarto de Sebastiana junto a la cocina para que me diera algún remedio. Al llegar lo escuché a él mugiendo, como cuando corta leña. Me empavoreció saber que estaba adonde yo iba. Quedé un ratito inmóvil, sin sentir siquiera el frío del piso de baldosas que azuleaba mis pies. Pudo más la curiosidad; aquello seguía y no aparentaba haber peligro. Fuera lo que fuera, mi padre estaba muy ocupado.

Las tablas resecas del cancel, daban vista. Sebastiana hincada sobre su cama; mi padre de pie tras ella, embistiéndola; las manazas peludas en su cintura. Ella desnuda y él con los calzones largos entre los tobillos. De repente, se empezó a mover frenético, alzando la cabeza y viendo al techo. A ella no le veía yo la cara, entre la cabellera. Él se quedó inmóvil, pegado; creo que, muy bajito, soltó un ¡ah!, ella no dijo nada. Comprendí que aquello había terminado. Temblando de arriba abajo, de miedo y de frío, llamé a la puerta: —Sebastiana, Sebastiana, despierta —dije con la voz quebrada—; Sebastiana, dame algo para el estómago, estoy muy malo; Sebastiana, despierta. —Ni un suspiro se oía; sentí una alegría perversa al tener atrapado a mi padre. —Vete a tu cama, ahora voy —me respondió la sirvienta. Me llevó una tisana; le confesé lo de la miel y, de ribete, logré su complicidad.

Al día siguiente, estaba mi padre en el andén, impecable, muy derecho. Ya no lo vi igual.

Yo pasaba las noches bajo la escalera que conduce a las cuatro habitaciones de la planta alta, de guardia permanente en la parte de huéspedes; mis hermanas dormían en una recámara junto a la de mi padre, en la zona nuestra, separada

del área de cuartos para rentar, por el comedor de diez mesas y la gran cocina, junto a la que están la alacena y el cuarto de Sebastiana. Todos los muros son de piedra, los techos y entresuelos de viguería de madera, los pisos de abajo son de cantera, los de la planta alta de tablas. Había un solo retrete, afuera, al final del andén; en invierno lo pensabas dos veces antes de decidirte a ir. El baño de tina estaba en un cuartito de arriba, al que yo llevaba en baldes el agua ardiendo.



A pesar de la niebla y del frío, nos rodea una inmensa belleza. Entre el puerto y la capital del país, somos el punto más alto. Estamos sobre las faldas de una serranía de picos blancos.

Pinares, enormes pastizales, lagos de agua de deshielo. Un caserío de techos de teja muy inclinados, en donde viven los pocos vecinos. Corrales interminables, postes y trancas blancas, en donde apacientan las vacas más hermosas del mundo y nubes de borregos gordos y lanudos. También hay un aserradero que va arrasando lentamente con los pinares. No tenemos río navegable sino miríadas de arroyos. Los troncos son acumulados en plataformas que enganchan a la locomotora dos veces por semana. Los bosques parecen inagotables pero si conoces bien el lugar, ves cada año más pastos. Dicen los viejos que ahora llueve menos; así y todo, llueve la mitad del año y la otra mitad, hiela.

Una familia es dueña de todo: el ganado, su leche, su carne, su lana, los bosques, el aserradero, el caserío y la gente. Que yo sepa nadie los conoce.

Hay una casa grande, dicen que de tipo inglés; ahí vive el administrador con su familia. Él paga jornales y cuida de todo. Es rico; además, roba un poco de cada cosa. Tiene una hija que la ves y sientes caliente la cara; también hijos que ven a mis hermanas como yo a la suya. Mi padre con todos ellos es aún más parco. A él le paga el ferrocarril. No tiene que ser obsequioso y la casa es nuestra. El administrador, hay que aceptarlo, trata con deferencia a mi padre; somos igual de pobres que los demás, pero mi padre es Jefe de Estación, gente de respeto, peninsular; el otro es criollo; los demás, en el mejor caso, mestizos, excepto un vaquero navarro que es una estampa. Con la edad he aprendido la diferencia sutil que corresponde en el trato con las personas. No hace falta decirlo, pero aquí no es lo mismo ser indio que blanco, ni mestizo que criollo, ni criollo que peninsular. Ahora me doy cuenta que eso no nos hace mejores; a nosotros no, cuando menos.



A veces uno se sentía orgulloso de mi padre. Como cuando aquel señorito de ciudad le gritó a mi hermana menor que el potaje estaba frío y lo devolvió con malos modos; después lo regresó porque, según él, estaba requemado. Mi hermana se lo volvió a llevar, pero ya no lo quería. Mi padre, con su parsimonia de siempre, le plantó al tipo el plato en la cara. No supimos cómo hizo para no mancharse. El otro quedó bañado y con las narices sangrando. Nadie dijo esta boca es mía, ni los otros pasajeros. Sí, a veces, uno sentía orgullo de él.



Los domingos, en el tren de las seis de la mañana, llega el cura que celebra misa de siete en el caserío. También peninsular. Mi padre sólo platica con él. Parecen amigos.

No hay templo, sino una capilla abierta, arco de ladrillo con altar de cantera, adosados al muro de la casa del administrador. El cura usa unos guantes de estambre que tienen recortada la punta, sólo le asoman las yemas de los dedos. Él viste el altar, lleva la piedra, el vaso sagrado, las vinajeras y los ornamentos. Celebra el oficio sin quitarse la bufanda; sus sermones son breves. Todos de pie sobre el empedrado, pasamos menos frío por lo apeñuscados; él abrevia; a veces se nota cómo se le van acartonando la cara y amoratando los dedos. A las claras, el cura va a cumplir, sin más.

Si hay bautizo, muy de vez en vez, lo hace en el comedor de la estación; a mi padre no le parece mal, tampoco que nuestra cocina sea el confesionario del caserío: los hombres hincados junto a la oreja del cura, casi sin frío, sentado cerca del fogón; las mujeres fuera, de pie junto a la ventana, congelándose, él dentro, también de pie, con la cortinilla corrida para no verles la cara, aunque las conoce a todas.

Mi padre hace que mis hermanas y yo nos confesemos cada semana, Sebastiana y él, nunca. A mí me era indiferente hasta que empecé a meneármela; más bien, hasta que al cura se le ocurrió preguntármelo. Debo haber tenido quince años, y era larguirucho y flaco como un potrillo, pues de hacerme puñetas tenía ya un tranco largo y ni por pienso creía que le hiciera mal a nadie, ni mucho menos a Jesús en la Cruz. El

caso es que muy pocas veces aguanto la semana completa y me moría de vergüenza, por ser incapaz de controlarme. Especialmente me humilla tener que decir el número, pero el cura insistía en que no es lo mismo matar a uno que a una docena, que son doce pecados mortales. Ni modo, a llevar la cuenta. Para poder limpiar el alma hay que estar atento, pecar pensando en confesarse.

Mis hermanas sin novio y yo virgen, mi padre cepillando a Sebastiana, el cura robándome la paz y platicando tan tranquilo con mi padre, como si no se le hiciera raro que nunca se confesaban, ni él ni la Sebastiana.

“Es el peor pecado... estás matando tu alma... se llama onanismo y a Onán, Dios lo mató...”. La voz del cura regresa a mi cerebro al acabar, ahí, en el cajón en que duermo bajo la escalera, envuelto en cobertores, excepto la nariz. Placer, miedo; propósito, pecado; tentación, placer, miedo.

Sebastiana cada vez está más gorda. A mi padre no le importa; igual va a importunarla. De tan rutinario, dejé de espíarlos.



Mi hermana mayor regresó a la estación pegando alaridos. Fue a recoger setas, que en aquella época del año se daban a montones y muy buenas. Dijo que se cayó y que había una mata de hiedra venenosa. Yo había visto desde antes un canasto lleno de setas, escondido junto al corral de los cerdos; además, conozco a ojos cerrados los bosques: donde hay hiedra venenosa, de ésa que nomás tocarla y ya tienes

unas ronchas como galletas que te matan de ardor. Ahí, ahí no hay setas y ella lo sabe, y Sebastiana y mi hermana menor. Como mi padre no estaba, la cosa salió bien. Sin necesidad de hablarlo. Sebastiana le untó algo en las piernas, parada sobre una palangana, el vestido levantado. —Esto te pasa por salir a perder el tiempo... deberías haber regresado derecho, después de recoger los hongos... pero, no, a pasear con la alcahueta de la hermana. —Y esa versión quedó, jugando como niñas buenas, ella cayó en la hiedra.

Lo que más recuerdo fue que me costó sangre confesarle al cura que mi hermana, en calzones, me dio calentura y deseos de montarla. A punto estuve de intentar algo. Me temblaba el pecho con ella cerca. Me sentía una mierda. El sacerdote, otra vez, me lanzó al infierno. Años después, cuando se lo conté a ella, ya mayores los dos, lloró de la risa. —Era la edad, estabas que te cogías solo. —Me chocó que lo dijera así pero, grande y todo, me sacó el cargo de conciencia. Se lo agradezco a la fecha. También me contó que lo de la hiedra fue por ir a verse en secreto con uno del caserío que le alzaba las faldas; el chico quedó con las manos como tortas, ella sólo las piernas; estaban tan en lo suyo que no se fijaron dónde yacían. Ahora está casada y tiene hijos, pero cuando aquella plática ya tenía años de haber abandonado la casa y vivía en el puerto, amancebada con un vendedor ambulante que conoció en la estación. Yo la visitaba a escondidas de mi padre y si el tipo no estaba; no es que me cayera mal, era que saludarlo y conversar con él como si tal cosa, me parecía como festejarle que tuviera de querida a mi hermana, pero ella se veía contenta: reía, oía radio. Había aprendido a bailar

y quiso enseñarme. Claro, cuando ella se fugó, el hombre ni por error volvió a parar en la estación. Pidió otra ruta, lejos, lo más lejos que pudo de nuestros rumbos.

Mi padre, ante el hecho consumado, no dijo una palabra. Si alguien le preguntaba cuántos hijos tenía, decía que dos. A ella la negó ya siempre; bueno, no tanto, pero sí hasta muy viejo.



Cada año, en octubre, se hacía la matanza de cerdos. Mi padre, de todo el caserío, era el único que los criaba. A mí me enseñó todo de ese oficio.

Era horrible para mí, cuando chiquillo. Los cerdos, enormes, gordos que daba gusto verlos, chillan todos cuando matas a uno. Mi padre era rápido y certero: con un cuchillo largo y curvo, de doble filo, les atravesaba el corazón montado sobre el cerdo, con una mano alzando una pata del animal y la otra hundiendo el puñal sin esfuerzo, casi sin hacer daño.

Después, llegué a tomarle gusto al asunto, era la única vez al año en que lo veías sin el uniforme, sin los zapatos lustrosos, sin la botonadura dorada muy derecha. En ropa de faena, manchado de sangre, matando, destazando: parecía humano.

Es lo que más dinero daba. El administrador era su mejor cliente, pero también compraban los que paraban en la estación. El comedor era un espectáculo con las piernas de jamón serrano y los lomos, alineados junto al techo, la morcilla haciendo serpentinas de sangre y la tocineta dando un toque de color.

Las cabezas de los cerdos se las daba a los lugareños. —Salvajes —murmuraba al verlos salir felices con su horrendo regalo. Excepto las tripas, todas las vísceras se desechaban. Esas, las tripas, se lavaban y volteadas al revés, las repasaba con un cuchillo que cortaba mejor que una navaja de barbero; nunca lo vi romper una, las dejaba delgadas hasta la transparencia; Sebastiana se encargaba de rellenarlas con un preparado de sangre, arroz, cebolla, especias y piñones. Era un milagro a lo que sabía aquello. De muy niño, sólo me ponía a acomodar en el horno de ahumar: chuletas, tocineta, lomos y piernas; también me enseñó los tontos secretos de un buen jamón serrano. Sigo sin entender que se venda tan caro.

—Estos bestias —así llamaba a los lugareños— matan al cerdo, lo meten en un hoyo con lumbre, lo engullen de un tirón; a todos enferma y el resto del año tragan mierda. Yo nunca glosaba. A él se le oía y se le obedecía. Lo demás que pudiera decir, era para él mismo; esto lo repetía cada año, al vaciar el horno de humo, revisando cada pieza.

Desde que tuve quince años me puso a matar cerdos. Desde siempre me encargué de la crianza, de lavarlos uno a uno cada semana, de baldear la mierda y de alimentarlos con papas pequeñas y maíz; saber si alguno estaba enfermo; observar a las parturientas; atender al semental. Nunca acababas. Todas las tardes, por el frío y por costumbre, meterlos en el sotanillo, bajo la parte de la casa donde están las recámaras de mi padre y mis hermanas, donde por eso hacía menos frío, por ellos, que entrando dóciles parecía que te agradecían con gruñiditos gruesos tus cuidados. Llegaron a ser noventa, entre lechones y adultos, sin contar al semental.



Hace años llegó a la estación un tipo en bata blanca, junto con un piquete de soldados. Mostraron a mi padre un papel y le mataron a tiros todos los animales. Había una epidemia, quién sabe dónde o de qué. Entre los dos los enterramos y les echamos la cal viva que nos dejaron. Él no movió un músculo de la cara.

No volvió a criar cerdos. Yo sí. Me empeñé en ello sin decirle nada. Creo fue lo único que hice en toda mi vida que le gustó. En mi primera matanza vi de reajo que asentía. Yo no le tenía miedo desde lo de la Sebastiana y la cintariza sin mearme, pero desde ese día, el de mi primera matanza propia, me supe tan hombre como él. No dijo nada, yo tampoco. En casa no se hablaba sino lo indispensable.

Después, también sin decir nada, me puse a dormir en uno de los cuartos de huéspedes. Veinticinco años de frío en el cajón bajo la escalera eran suficientes. Al principio no podía dormir en la cama, acostumbrado al jergón sobre tablas.

Sebastiana siguió engordando hasta que mi padre ya nunca iba a verla, por eso o por viejo, es igual.



Teníamos telégrafo de la compañía del ferrocarril. Después de cada salida, él transmitía la hora exacta y algo más. Siempre envidié que pudiera decir algo a alguien, punteando con el aparato. Nunca me enseñó. Yo me fijaba, pero me resultó imposible aprender. Después, sin aviso, nos instalaron un teléfono. Aparato negro y sin misterios. Él lo puso dentro de una caja con candado.



Mi hermana menor y yo siempre nos quisimos mucho. Acabó de monja. De ver a mi padre, empavorecía. Nunca tuvo el carácter de la mayor, que para ese entonces ya no vivía con nosotros. La pobre lloraba mansa el día que el cura se la llevó al noviciado. Años después, cuando hizo los votos, fui con mi padre. Él sin dejar ver si aquello le daba gusto o lo cabreaba.

Ya de monja, linda, más flaquita que nunca, con la piel transparente de blanca y sus ojazos azules tan tristes, la vi a través de una reja llena de pinchos. Cabrones, si era mi hermana.

Supimos que se la llevaron a España, muy al norte; con lo que le disgusta el frío.

Ahora nos escribimos cada mes, ella empezó. Veo que ya es feliz o cuando menos, está convencida de ello. Yo le miento lo necesario para no darle tristezas. Cuando llega carta de ella, mi padre me la entrega sin comentario alguno. Mis respuestas las echo al bolsón de correo cuando él ya se lo entregó al del cabús, el último vagón, donde va el que controla la venta de timbres postales y se encarga del reparto de bolsas de correo, estación por estación.

A ésta que acabó de monja, la pretendió un muchacho mestizo bien plantado, forzudo, leñador de oficio. Todos fuimos cómplices; era un gusto verla tan alegre. Sabíamos si lo había visto por el brillo de sus ojos, su risa fácil, sus gorjeos. Todo sin que mi padre lo supiera. El chico fue a pedir permiso para ponerse de novio formal. Mi padre ignoró la

petición, dio media vuelta y se alejó sin responder. Ella tenía ya veintidós años. Lloró. El muchacho, la siguiente misa de domingo, sin más, la jaló al frente y a voces hizo saber que se quería casar con ella. Ya sin noviazgo, sin permiso. Normalmente, así, siendo mayores de edad, no quedaba más remedio que casarlos ahí mismo. Temblando el cura, más de miedo que de frío, preguntó con un hilillo de voz si alguien sabía de algún impedimento. Todos sus amigos y los padres de sus amigos, a gritos, respondieron al cura que no, que no dijera eso, si los conocía desde el bautizo. El sacerdote llamó al frente a mi padre y al del muchacho. Yo veía todo sabiendo cómo acabaría. Mi hermana menor, rehuyendo la mirada de mi padre, le dijo tres veces al cura que sí quería casarse. El sacerdote, por cobarde, logró posponer la cosa. Ya no hubo boda, nunca.

Mi hermana mayor, al saberlo, me dijo: —Que haga como yo. —Tenía razón.

El muchacho salió con la cara rota en una de las tantas broncas con mi padre, pues seguía rondando por la casa.

Una tarde, al terminar de comer, le dije: —Este domingo que viene hay boda o funeral. —Sebastiana se asustó, pero no dijo nada. Mi hermana, muy pálida, quiso terciar. Mi padre, impávido, poniéndose en pie, me respondió: —Pues, funerales tendremos. —Salió. Sabía que no iba a intentar pegarme: ya era más alto que él y muy fuerte, que algo bueno iba a salir de las deslomadas que me impuso toda la vida.

A los tres días, mi hermana se fue al noviciado, por evitar una desgracia. Nomás partir el tren, mi padre y yo nos dimos una golpiza; me dejó el cuerpo adolorido y la cara hecha un

desastre. Yo lo puse en cama, algo le rompí. En cada golpe que le daba, puse toda mi alma.

No nos hablamos durante años, sería por aquello.

Sebastiana nos curó a los dos. Me hizo jurar que nunca volvería a pegarme con él. —¿Por qué? —le pregunté asombrado, creyendo que a ella le daba gusto o cuando menos le era indiferente. Me dijo que por mí me lo pedía.



Al cura no lo volví ni a saludar. Me veía y bajaba la cabeza o se hacía el distraído. Un día me preguntó, delante de mi padre, por qué ya no me confesaba; quiso hacerse el valiente, estando junto a él. Yo lo miré fijo: —Tengo un pecado de deseo sin propósito de enmienda —le dije. Agachó la mirada. Ya no molesta. Sabe bien que lo odio por la maniobra aquella que le hizo a mi hermana y a las claras entiende mi deseo de reventarlo a golpes, pero que la sotana me lo impide. Cobarde él y cobarde yo.



Cuando la primera matanza de mis cerdos, fue que me puse a dormir en uno de los cuartos, ya vivíamos en la estación nomás los tres: Sebastiana, mi padre y yo. La vida se nos hizo una rutina de silencios.

De mi primera venta de pernils, chuletas, tocineta, manteca y morcillas, di a mi padre la mitad. No quiero deberle nada. Empecé a ahorrar, céntimo a céntimo. Las piernas de

jamón serrano son lo que más a ganar te dan. El secreto de esto es tener tu propio semental, pero eso es muy caro.



Sebastiana me preguntó si no me pensaba casar. Tenía yo casi veintisiete años. Seguía sin conocer mujer. Creo que ella lo sospechaba. A mí, ya me era obsesión. A lo mejor de ahí me vino esto de que ahora no puedo pasarla sin fornicio.



Cuando lo pienso, creo que tuve mucha suerte: la primera mujer con la que me acosté tenía como cuarenta años y era del puerto. Primero no me creyó que era virgen, después se puso como loca de gusto. Yo no sabía nada y la dejaba hacer. Aprendí todo con ella y todo me pareció bien; después me fui dando cuenta cuán buena maestra fue. Me quitó el complejo de la pajueleadera: que todos lo hacen, me decía, las mujeres también y ella, mucho, y no hacía ningún daño.

Era muy deslenguada y decía que en la cama todo era bueno si lo quieren los dos: supe lo que era estar contento. El cura dirá lo que quiera pero a mí me hizo bien esta mujer.

La conocí porque se hospedaba de vez en cuando en la estación. A uno se le hace ojo: era casada y se iba a ver con algún amante. Llegaba del puerto en el tren de las siete de la noche y en el de las seis de la mañana salía rumbo a una ciudad al norte del mismo puerto. A alguien engañaba tomando el tren que iba a la capital. Cuatro o cinco días

después repetía la cosa en sentido inverso. Nada más que se le veía de mejor humor al ir; al regresar lucía tristonera.

En una de sus llegadas, como de costumbre, pidió que le preparara el baño. Llenaba la tina, cuando ella llegó en bata a esperar que terminara. Yo, de poco hablar siempre, terminé de vaciar los baldes y me dispuse a salir, topándome con que estaba justo en la puerta, con la bata abierta, las manos en la cintura, las piernas abiertas, los pezones crispados, el vellón del sexo encrespado, la mirada rara. Cerró la puerta del baño y sin una palabra me bajó los pantalones. Esa noche la pasé con ella. Mi primera mujer. Yo, según ella, su primer entero.

No era bonita, ni fea. Era buena conmigo. Insistía en hacerme hablar. No pudo mucho. Era lo suyo, gula de que la montaran.

Yo, después, contaba los días para volver a verla.

Aquello duró sus buenos meses. Venía, se pasaba a mi cuarto en la noche, se regresaba al suyo al amanecer. La última vez que estuvimos juntos me dijo que algún día iba yo a querer a la mujer con la que estuviera. Que mientras eso no me pasara no sabría yo qué tan bueno era acostarse con alguien. No le creí; ahora me parece que tal vez tenía razón.

Siguió viniendo, de vez en vez; ni nos saludamos, como siempre.

Para esas alturas ya me veía con otras de por aquí y del puerto, amigas de mi hermana mayor, que se da cuenta y no opina. Yo seguía muy fuerte. Empecé a verme con una que era casada, del aserradero. Una noche, entre la niebla, vi venir a tres embozados, por el frío no era raro; me tundieron a estacazos, eso sí era raro. Supe quiénes. Mi padre me miró, que daba yo lástima, y no abrió la boca; bien sabía en las que andaba su

hijo. Sebastiana me curó. Aprendí a respetar a la mujer de otro: igual me mataban. No me enojé. Uno a uno les cobré la cuenta a puño limpio. Quedaron como santo cristos. Ni yo, ni ellos, dijimos nada. Ahí quedó la cosa: sumas iguales, todos en paz.



A veces paraba una cuadrilla de policías en la estación llevando algún preso.

El primero que recuerdo, tendría yo seis años, nunca se me olvidó. Era un indio flaco, casi desnudo, muy golpeado. No supe nunca qué había hecho. Los policías eran cinco. Dos tiraban de una cadena arrastrándolo; lo llevaron al corral de cerdos y lo ataron a un madero. Yo, después de verlo, corrí llorando a decirle a mi madre, que aún vivía. Ella, sin mí, le llevó un tazón de caldo y una frazada. Los policías pasaron la tarde esperando el tren, bebiendo café bien caliente. Hacían bromas, soltaban risotadas y gritaban majaderías. Afuera, el indio en el frío, muy golpeado. Pleno invierno.

Se te hace ojo, aprendes a conocer a la gente. Si el detenido tenía dinero no lo dejaban afuera, comían con él y no le pegaban. Con el tiempo entendí que estos policías de pueblo y monte, son todos cosa mala. Años después llegaron llevando a un gordazo, viejón, con el rostro lleno de granos. Verlo y saber que era mala pécora. Por la plática entre ellos, supe que era dueño de burdeles en la costa, que iba a la cárcel por tener menores de edad en sus casas y que todo se sabía por una chiquilla de doce años que se escapó y denunció la muerte de una amiga suya, fallecida al abortar a fuerza. Eran tres

policías y parecían amigos de él. Supe que lo iban a soltar, nomás de verlos ahí, riendo sus chistes y encendiéndole el cigarro. Después, el maquinista nos contó a Sebastiana y a mí, en la cocina, que en el pueblo siguiente, que no tiene estación pero reducen la marcha al pasarlo, lo habían dejado ir. Sí, se te hace ojo.



A mi hermana la grande, ya casada, se le murió un hijo, de los chicos. Me mandó una carta para no oír la voz de mi padre en el teléfono. No quiere que lo sepan, ni él, porque lo sigue odiando, ni mi hermana menor, que no tiene caso apenarla por algo sin remedio. La fui a ver; Sebastiana fue después.

Su marido puso una tienda y viven bien; él, de vez en cuando, se va de parranda y se pone borracho; fuera de eso es buen hombre; ella sabe que tiene un lote de hijos con otra, por ahí, y que ve por ellos; no se lo toma a mal, tiene razón, malo fuera que no se encargara de los niños que, de quien sean, no tienen culpa. La otra no le da celos, es asunto viejo, de antes de casarse, como los dos hijos mayores de ella, que son del otro, del vendedor aquél.

Estaba muy triste: su hijo, por hacerse el hombrecito, se metió al mar. Se ahogó. Su marido tenía la mirada ceniza. Lo abrazé y se me puso a llorar. Dijo que mi hermana va diario a limpiar la tumba y ponerle flores. Ya se le pasará, es cosa de que se le haga la cicatriz. En su casa los otros niños a ratos tristes, a ratos juegan. Mi hermana, viendo el mar, se queda quieta. Ya se le pasará. Luego supe que la otra señora la fue a



ver; lloraron juntas y quedaron casi amigas. Mi cuñado está feliz porque sus otros hijos ya van a su casa y se quieren con los de mi hermana. Llevan una buena vida, aunque él se vaya de parranda de vez en cuando y se le ponga borracho.



Compré el semental en el puerto, a un negro de pelo completamente blanco, que se ha hecho rico de eso. Todo lo que ahorré no me fue suficiente. Quedamos en que la diferencia va en especie: veinte lechones cada año, durante cuatro; y al quinto, diez cerdas ya preñadas. Está bien, en esto nadie fía. Viendo al negro tan viejo hace gracia que cierre tratos tan largos. Él sabrá.



Casi nunca pasa, pero si el tren descarrila, varios días hay desmadre. Los maquinistas saben que después de pasar nuestra estación rumbo a la costa, hay que ir con cuidado, pues un trecho largo es de pura bajada y si no moderan la marcha se salen de la vía que es angosta, vieja y, como todo, no está como debiera. Por eso, por lo lento que van, si descarrilan no hay más que el susto y algún golpeado.

Una vez, no: hubo varios muertos y gente muy lastimada.

Rato después que mi padre reportara la salida de ese tren sonó el teléfono y eso era inaudito. Era casi de madrugada.

Sonar el teléfono y saber que algo gordo pasaba. Oí a mi padre salir de su cuarto, caminar a la oficinita —el teléfono sonando a timbrazos largos—, buscar con calma en el llavero,

para abrir la caja —el teléfono volviéndome loco, ya completamente despierto, queriendo que deje de timbrar y ansiando que mi padre responda pronto—. Silencio. Cuando abrió la puerta de mi cuarto, ya me estaba vistiendo: —Se desbarrancó el tren en la Bufa. Monta el armón. Lleva una caja de luces. Marca la vía medio kilómetro antes y medio después.

No le respondí, ya iba yo saliendo. Creía que no habría nada de él que pudiera cabrearme pero, ¡icoño!, ni en estas alteró la voz, ni el talante: —Monta el armón. —Él sabe que es labor de cuatro. Regresé por las luces de fósforo, que prenden solas y con nada se apagan. Sebastiana, envuelta en una cobija ya me esperaba con un montón de cobertores y unos frascos de alcohol en los que macera una hierba que quita dolores. Él hablaba por teléfono, pasando el reporte a la compañía del ferrocarril. Después encendió su pipa y viéndonos salir muy agitados, se quedó fumando, de pie, muy derecho en el andén.

Iba yo moviendo la palanca con furia. No supe por qué, pero icarajo!, no era cosa de tomárselo con calma. Sebastiana me quiso ayudar. —Déjalo, te voy a lastimar —le dije sabiendo que su ayuda estorbaba. Cuando tomamos la pendiente vi que se asustó, íbamos muy rápido. —¿Cómo vas a parar? —me gritó entre la niebla. No le respondí, palanqueando a buen ritmo, empapado en sudor.

La Bufa está a doce kilómetros; es una curva muy larga que bordea una garganta entre dos montañas que une un puentecito de piedra negra. La vía va al filo de un barranco que es un tajo profundo, casi vertical, del que se ve subir la niebla a borbotones; no hay lugar más frío; se encajona el

viento que corre libre por las llanuras de la costa y empuja hasta acá las nubes que vomita el océano todo el año; al fondo nace un río que chupa el agua del aire, de los cerros, de los árboles y la devuelve, en un flujo perpetuo de las montañas al mar.

El maquinista apareció calcinado y a pedazos entre los hierros de la locomotora. Era de los más viejos, cariñoso con nosotros y Sebastiana. Que si se quedó dormido, que si iba borracho. Mi padre firmó el informe de la compañía sin leerlo: el maquinista quedó para siempre como culpable, por borracho; todos en el ferrocarril sabían que era una vileza, pero ni el muerto se puede defender, ni a un muerto le vas a reclamar. Y la verdad nunca puede saberse. Es igual. Al que sacó el teléfono del cabús, un muchacho principiante, y lo conectó en un poste, le dieron algo de dinero y lo pusieron a trabajar en una oficina: salió ganando. Los dueños de los muertos se los llevaron junto con un poco de dinero. Un par de inditos, hombre y mujer, fue enterrado ahí mismo, juntos. A esos nadie los reclama.

En pocos días todo regresó a la rutina. A mi padre la compañía le pagó una cuenta muy gorda de comidas y hospedaje.

Yo me quedé con la imagen de Sebastiana repartiendo cobijas y vendando brazos rotos en el amanecer helado.

Cuando me acuerdo de los hombres que llegaron hasta casi media mañana, en una locomotora que jalaba un vagón taller, siento raro en la espalda. Se rajaron el alma cortando hierros, jalando cadenas, palanqueando viguetas, sacando gente atrapada, viva o muerta. Eran del puerto, de la fábrica de vagones de vía ancha. Prietos como zapatos, forzudos,

duros, expertos. No pararon ni para tomar un trago de agua. Así, cualquiera se queda quieto: me daban órdenes como lo más natural, daba gusto obedecerles.

Anocheceía cuando ya terminaban de tender los rieles nuevos, que les llevó otra locomotora, junto con durmientes creosotados. Abajo quedaron los restos de los vagones. La locomotora la sacaron semanas después, con una grúa inmensa.

Cuando terminaron, su capataz, con una mano que de dura casi no se doblaba, sonriendo agotado, me dio unas palmadas en la mejilla y me regaló su gorra azul de herrero. No dijo nada; no podía. Regresaron. Yo guardo la gorra. Sebastiana, mucho después, la encontró y la lavó. Me puse como toro bravo: le quitó la mugre y el sebo de su sudor, lo que tenía de él.



Desde la primera vez que llegaron a la estación, él no me gustó. Ella era muy joven y de mirada melancólica. Él no me gustó.

Tú estás en lo que debes. Bien poco hay que hablar; el menú del día está anotado en la pizarra: casi siempre un potaje y chuletones con papas. La comida de Sebastiana nadie la olvida; algunos domingos, llegaban a la estación familias que hacían el paseo desde el puerto, en verano, para comer lo de Sebastiana y echar los niños a correr en el bosque. Al partir, dejaban más triste el día. La garbanza de ella hacía sudar de gusto, y su fabada, y todo. Servía en unos platos, como tazones, porciones generosas, retacadas de buena carne, morcilla, tocineta. Un plato de ella pocos lo

terminan. Los habituales a veces pedían huevos fritos con tocino; ella los deja caer en un charco de aceite que humea de caliente llenando todo con el olor de la oliva; es su arte tostar la clara sin cocer la yema. Y sus tortillas de papa eran una gloria, gordas, jugosas, que se te deshacían en la boca.

Sí, los domingos iba gente con la excusa del paseo, a comer mejor que bien, por poco dinero, y a dejarnos más triste el día.

Él no me gustó desde el principio. A pasear no iban. Ella veía como con pena. Por fin, me llamó el tipo y me pidió un cuarto. Se lo negué de mal modo. Fue con mi padre: —El hospedaje es sólo para pasajeros en tránsito —le respondió indiferente a su queja de mí. Cuando salieron en el tren de las seis y media, ya anocheciendo, ella parecía aliviada. A veces uno sentía orgullo de mi padre.



Me dijo el negro que era por el cambio de clima: el semental no monta a las cerdas. Al principio me dio rabia. Ahora siento tristeza por lo que me costó y por él mismo. Arreglé no pagar los lechones. Vino a verlo personalmente. Se fue moviendo la cabeza. —Con este puto frío quién piensa en coger —me dijo al despedirse con su dejo costeño, envuelto hasta las cejas en una tarde templada. Buen hombre este negro, me devolvió sin pedírsele algo del dinero. —¿Y, si me lo cambia? —le propuse recibiendo el rollito de billetes. —No. Cómetelo. Ha de tener congeladas las pelotas. No lo maté. No sé por qué. Me han dicho otros que me lo vendieron averiado. No es cierto: es que hay gente a la que gusta suponer siempre cosas malas. A fin de

cuentas, me simpatiza el animalazo; se me queda viendo con ojos traviosos y lo palmeo; tiene buen carácter, de gordo. No molesta y le alegra verme. Siempre habrá tiempo de matarlo; mientras, que engorde más y me vea con sus ojos pícaros.

Por lo pronto, rento un macho. Ya se verá.



El frío es como el dolor de cabeza. Sufres mucho si piensas en él. Sí, algo te acostumbras y aunque no te guste, ahí está. Me sorprende cómo la gente cree que somos refractarios. Te ven en mangas de camisa y creen que no sientes la helada, es que estás fajinando y no puedes andar forrado; pero, en cuanto te detienes, abrígate. El frío está ahí. Si te descuidas se te mete en los huesos. Claro, adentro, en el comedor a rebosar, no hace frío, pero los que vienen adentro siguen abrigados, creo que más por seguir sintiendo que van de viaje.

A mí me gusta ir al puerto, andar ligero, sentir el sol. La primera vez que fui, tendría unos doce o trece años. Nunca había visto el mar, sentí que me mareaba; no, exactamente, me abrumó. Ahora sé que sus playas no valen gran cosa, la arena es oscura y áspera y el agua es verde; pero a mí me gusta. Y ver gente haraganeando medio desnuda o dejando salir una como alegría al brincar en las olas, eso me gusta más.

En el frío, en la montaña, no puedes desperdiciarte. Cada día, cada temporada del año tienes que hacer algo preciso; si acaso, puedes contemplar la serena belleza feroz que te rodea, caminar un poco por ahí, pero aislado, abrigado contra el frío. Allá, en el puerto, ves a la gente siendo parte

de la belleza, zambulléndose en ella, revolcándose en ella, y no importa si se te van un día o tres en eso: el mar da peces todo el año, no los tienes que engordar, ni aparear; el mar se encarga. De ahí han de sacar la fama de indolentes, pero para mí tengo que la naturaleza ahí es así: floja, simple. Nosotros no. Allá la gente es hablantina y de bromas. Acá, desde que te levantas, tienes que pensar; todo tiene un orden o el frío te asalta; rompes el hielo del balde y te lavas la cara y las manos: si usas agua caliente te arruinas el día; te peinas mojando poco el cabello, que se lleva corto por eso o muy largo para trenzarlo. Te vistes sobre la ropa que usas para dormir, pues no puedes desperdiciar el calor que guarda. Todo lo tienes que pensar, pues el frío siempre está ahí, monótono. La primera vez que me acosté con una mujer en el puerto, supe que hasta eso es diferente acá, por culpa del frío. Aquí arriba, poco se ve el sol. La niebla abre algunas mañanas, que son las más frías porque tiene que soplar mucho viento para alzar las nubes. No puedes quedarte desnudo viendo a tu mujer tendida a tu lado, brillando de sudor; tienes que estar cubierto. Ni puedes verla salir del baño, envuelta apenas por una toalla y luego secándose sin tener que proteger su cuerpo con una bata, con una cobija, con lo que sea en el ambiente helado. No, no podemos despertar temprano y verla ajena a todo, dormida, impúdica y tomarla así. Acá, en invierno hay que calentar las sábanas con el cenicero de cobre relleno de brazas y meterse de inmediato. Despiertas a medianoche, sintiendo que te duelen las orejas y la nariz, te vuelves a meter bajo los cobertores. Hablas poco, piensas mucho.



Se armó un revuelo; en el caserío faltaba una muchacha. Ya tarde la encontraron, casi a la medianoche. Estaba tirada en un pastizal, ahorcada y medio desnuda. Sebastiana, al saberlo, lloró como si fuera su hija. Yo, la verdad, sentí más sorpresa que pena. Sí, la conocía; nos conocemos todos. Mi padre dejó que usaran el teléfono para pedir que viniera la policía. El teléfono sólo comunica con otras estaciones del tren, tardaron en arreglar la cosa.

En la búsqueda participamos todos, hasta el administrador. Desde el principio, resultó rara la ausencia del hijo de un leñador y una mujer que parecía tonta y se lo parió imbécil. Era un tipote enorme más fuerte que un buey, que a nadie molestaba, como de veinticinco años, bueno para el hacha y el arrastre, que conoce la montaña mejor que nadie.

Esa vez no llegaron policías uniformados. Yo no sabía que los que investigan se visten de civil.

Se hospedaron con nosotros, ¿dónde más? Eran dos. Uno viejo, alto, serio, grueso, pausado, con cara de bonachón, y otro como de cuarenta años, una estaca de flaco, que se dedicó a maldecir el clima y a comer como animal, para gusto de Sebastiana.

Los vecinos sospechaban del tonto desde el principio. Se lo dijeron a los policías, que lo fueron a ver y no lo encontraron en su casa, una cabaña de tablas cerca del aserradero, lejos del caserío. El padre les dijo que no sabía dónde estaba; el policía viejo habló un poco a solas con él; fue por su hijo y lo entregó.

El policía viejo platicó rato largo con el tonto.



Todos pensamos que se lo iban a llevar, pero no. El viejo, en cambio, le regaló un poco de tabaco y luego, otros días le dio dulces y hasta una tocineta completa. Parecía gustarle hablar con el retrasado mental, que así le perdió el miedo.

Pasaban los días y los policías sin hacer gran cosa. Iban por ahí; preguntaban algo, perdían el tiempo.

El cuarentón se perdió camino de la estación. No son ni trescientos metros entre el caserío y nosotros, y se perdió. El viejo —ya eran como las nueve de la noche— me dijo con su voz cascada que si lo acompañaba: —Aquél ya se perdió y si no vas conmigo, mañana recogen dos paletas de hielo con abrigo. —Me gustó que no se tomara tan en serio como el otro.

Uno sabe caminar sin ver, entre la bruma del día y en la negrura húmeda de la noche.

Llegamos hasta el caserío, dormido hacía ya un buen rato; ni rastro del otro. Gritó su nombre el viejo, haciendo bocina con las manos. —No hace falta —le dije viendo el bulto de su cuerpo desdibujado por la niebla—, aquí se oye todo desde lejos.

Los perros ladraban. —Vamos por una antorcha de fósforo —le sugerí y volvimos. El viejo resollaba un poco.

Ya con la antorcha: —Para que él nos vea —dije, fuimos ahora rumbo a los pastizales. Otra vez los perros, de lejos y de cerca, desde el caserío y los corrales. —Y, este concierto canino, ¿es todas las noches? —me preguntó. —Es por usted, que no lo conocen —expliqué pensando que la gente de ciudad parece boba a veces.

Ya lejos de los corrales, en un silencio absoluto, casi para llegar al bosque, el viejo empezó a silbar bajito; casi de inmediato nos llegó la voz del otro: —Te oigo, ya te oigo —en poco

rato, guiándose por la luz nos alcanzó—. Qué poca madre, viejo. ¡Qué poca madre! —le recriminó el cuarentón casi congelado.

Supe así, qué estaba pasando.

La tarde siguiente llegó un doctor que pidieron al puerto, por teléfono. Muy temprano, al otro día, exhumaron el cuerpo de la jovencilla. Sobre una tumba enlamada del pan-teoncito la despanzurraron. No dijeron nada.

Después, lo supimos todos: estaba embarazada. De ahí a saber de quién, fue un paso y con tantito que lo presionaron soltó la verdad.

El otro, el tonto, estaba asustado porque había oído todo, mientras le daba por el culo a una borrega en el pastizal; sin comprender, entendió que pasaba algo malo y no lo contó porque su padre lo zurraba si echaba carnes con los animales.

Al novio de la muchacha muerta lo esposaron y se lo llevaron sin bulla. En el andén estaba el tonto para despedirlos. El viejo le dio dulces otra vez y le palmeó el hombro. —¿Por qué no creyó que él era el asesino? —le pregunté cuando subía al vagón, refiriéndome al retrasado mental. —¡Bah!, ese es más bueno que el pan y, además, ninguna chica hubiera andado con él por ahí, a esas horas; el pobrecillo espanta de feo. —Yo alcé las cejas; no podía ser que la ley funcionara así, a intuiciones. El cuarentón, abrigado como bebé de teta, trepó al carro, maldiciendo el frío que no se pudo sacar del cuerpo desde aquella noche en que estuvo al raso.

El viejo era un buen tipo que ya había visto toda la mierda que se puede ver en la vida y no perdía el buen humor ni el gusto por la gente. La noche que fuimos por su compañero, estaba haciendo un experimento: suponía que no podía ser

una violación, pues la chica hubiera gritado cuando menos un poco y todo el mundo hubiera oído, ni fue alguien de fuera, que los perros habrían hecho un escándalo si algún extraño hubiera rondado por acá: tenía que ser alguien de aquí y, como me explicó, "por alguna de las razones de siempre". De cualquier manera quiso estar seguro de todo y por eso mandó a su compañero al pastizal; sólo que le jugó la broma de ir por él hasta que consideró que estaría helado de la cintura a abajo. Me lo contó todo con calma, la noche anterior a su partida, con el detenido en un cuarto de la planta alta, esposado a la cama. —Qué cabrón —dije, refiriéndome al asesino. —Quién sabe —dijo el viejo chasqueando la lengua, ya rumbo a su recámara. Mucho después, entendí.



Un juez de instrucción, otros civiles y varios policías de uniforme han traído dos veces al asesino de la moza. Lo llevan al pastizal y lo hacen repetir lo que hizo. Todo el caserío observa en silencio, desde lejos, formando una media luna de morbosos, yo entre ellos; mi padre no va.

Yo veo a éste, más joven que yo, sentado con las manos y los pies encadenados, la mirada triste, la cara compungida, y me dan ganas de pegarle.



Como de costumbre, cada mes recibo carta de mi hermana menor. Se burla de mi mala letra, porque la de ella ya es de

piquitos. Me da gusto. Siempre manda saludos a mi padre. Yo no le digo nada. Ni me da la gana decirle que su hija menor le manda cariños, ni él pregunta. No espera nada. Sebastiana me hace leerle las cartas varias veces. —¡Ay, mi niña!, ¡ay, mi santita! —dice llorosa. Nos cuenta que allá nieva pero hace menos frío que acá. Hasta entonces caí en cuenta de que nosotros tenemos hielo, humedad, vientos y lluvia, pero no nieve. Bruma, niebla y heladas, sí.

Un mes llegaron dos cartas juntas: la de ella y una de la Madre Superiora; manda decir que mi hermana está mala, parece que de tuberculosis; que si se pone peor nos la regresan, por su bien. No le dije nada a nadie. Leyendo la carta de mi hermana ves que no sabe lo que planea la cabrona de la Superiora; con mi letra grande y tosca, a lápiz, le respondí que cuando quiera nos la mande, que acá sí la queremos, enferma o sana. Nunca me respondió.

Mi hermana sigue escribiendo. No pasa nada. Ojalá y se cure o muera pronto, pero que no vaya a sufrir. Ya se verá.



Me dio mucho gusto que cuente en sus últimas cartas, que la Superiora se ha puesto muy cariñosa con ella. No ha de ser tan mala si le caló mi carta a lápiz con letra de palurdo.



La familia de la muchacha asesinada abandonó el caserío. Muerta y todo, quedó con fama de puta. Con eso no pudieron.

Supimos años después que al asesino lo habían soltado; cuando eso, la familia de él también se fue, pero sin decir adonde; salieron de noche, creo que por vergüenza. Vino a preguntar por ellos la policía, de los civiles que investigan. Nadie pudo dar sus nuevas señas.

El policía viejo viene de cuando en cuando con su esposa, a pasar el fin de semana: —A estar en paz y a comer como Dios manda —explicó la primera vez que volvió.

Una vez que estaba por aquí le pregunté si era cierto que habían liberado al asesino. No lo sabía, podía serlo. —Los jueces saben —dijo viendo al suelo y haciendo un puchero. Yo no entiendo: se deshicieron dos familias y el otro tan cam-pante—. Los jueces saben —insistió el policía viejo, pero le vi la cara más cansada.

Se olvidó todo; ya nada se supo de ninguno. A la muertita la exhumaron años después para tirarla al osario, revuelta con otros muertos sin tumba propia; el cementerio está en el pueblo vecino, es pequeñito y el lote no lo había pagado nadie. Me enteré tarde; algo se hubiera podido hacer, aunque, quién sabe, sigo juntando para comprar un semental; pero, igual está feo que haya terminado en el basurero. Algo se hubiera podido hacer.



Tuve un amigo, era boxeador. Tenía años viniendo. De poco hablar, como yo. Lo veías ir, con la cara más o menos bien y regresar siempre con algo roto: una ceja, un pómulo, a veces con los labios reventados que daba pena verlo. En la cara se le notaba el oficio, la nariz aplastada, las orejas rajadas.

Las primeras veces, llegaba y se quedaba parado en el andén pateando el piso, mordiendo pan que él mismo llevaba. Después, lo metía yo al comedor y le servía café muy caliente; pagó siempre; yo lo dejaba, era su dignidad; creo que no se dio cuenta nunca que le cobraba menos. Se estaba ahí, quietecito, mirando la chimenea, sin dar molestias; comía su pan y dejaba sobre las piernas sus manos entrelazadas: luego supe que le dolían. Si el tren que esperaba salía hasta el día siguiente, se quedaba igual, ahí, quietecito la noche entera, mirando el fuego. A ratos dormía sentado, sin agachar la cabeza, plantada sobre un cuello musculoso y grueso.

No sé cómo, pero nos fuimos tomando confianza; será que daba lástima, ahí en su silla de palo, sin moverse. Solo. —¿Tiene frío? —preguntaba yo, y él alzaba un poquito los hombros, como diciendo que le era igual. Yo echaba otro leño y él cabeceaba un poco, asintiendo.

No es que platicáramos mucho. Yo me sentaba a su mesa, si ya estaba vacío el comedor. Le servía más café, de la casa le dije la primera vez; se nos hizo costumbre. Fuimos amigos.

Peleaba en rancherías y pueblos chicos, con quien se pusiera a mano. Ganaba la primera pelea y la segunda y las siguientes hasta que se agotaba y cualquier patán lo apaleaba. Se alquilaba por poco, pero no podía decir que no, que ya no. Cobraba algo más por pelear a mano limpia, no él, que había sido profesional y de los buenos, sino los del lugar. A veces, si había suerte, lo llamaban a alguna arena importante a "hacerle carrera" a cualquier principiante. "Usted entiende, para que tengan peleas ganadas". Le pagaban mejor, le decían cuándo dejarse caer y se dejaba golpear.

Llevaba un maletín pequeño, de cuero negro, como de doctor. Una vez, después de uno de nuestros ratos en que ninguno habíamos dicho nada, lo puso sobre sus piernas y sacó un papelote doblado: un cartel de años atrás en el que aparecía como campeón nacional; con su foto, joven. Me lo mostró, lo leí, lo volvió a doblar, lo guardó. Seguimos callados.

Un tiempo tuvo dinero. Lo perdió entre amigos, putas y borracheras. Quedó sin nada; su esposa lo dejó. Hijos, si tuvo, no me dijo.

Meaba con sangre. No siempre, a veces. Se ponía en la cara plastas de petrolato y se cosía él mismo las cejas.

Yo le mostré mis cerdos. Parece que le gustaron. Quedamos en que si dejaba el oficio alguna vez, podríamos trabajar juntos en esto. —Pero, yo no los mato —me dijo con su voz un tanto lenta—, imagínese, cuidarlos primero y luego darles en la madre.

Hace mucho dejó de venir. Ojalá esté bien o muerto.

Era una pena dejarlo ahí, solo, quietecito, mirando al fuego. Fue mi amigo.



Sebastiana insiste otra vez en lo de que me case. Me lo dice a la buena. A mí no es que me disguste la idea. Tener hijos: tal vez. Pero, primero el semental, para hacer buen negocio. Cuando muera mi padre, que al ferrocarril lo atienda un empleado de la compañía; la casa es nuestra; yo me quedo con los cerdos, la posada y el mesón. Antes de eso, no me caso. Pero, tengo vista a una morocha del puerto; es chaparrita y me gusta. Nunca pide nada ni da problemas. Tenía ya tiempo que andábamos,

cuando una tarde, sin aviso, llegó a la estación y rentó un cuarto, para irse al día siguiente. Estuvo casi el mes. Sebastiana le empezó a decir hija. Mi padre, la primera vez que se la encontró en la cocina, desayunando conmigo, se fue a otro lado. La morocha, cuando él le dio la espalda, le hizo un gesto obsceno con la mano. Nos reímos todos, pero con los ojos nada más; es mejor no torear a mi padre. Jamás se sentó a la mesa si ella estaba; era morocha.

Después que ella se fue, ya tampoco comimos juntos mi padre y yo. Esperaba a que yo terminara para entrar a la cocina.

—Con el frío, puedo —me dijo la morocha—, pero a tu papá que lo aguante su chingada madre. Ahora nos vemos de tarde en tarde en el puerto. Le tengo echado el ojo.



Mi hermana mayor dice que Sebastiana lleva razón y que la mitad de lo que mi padre tiene, es mío. Él no gasta en nada. Puede ser cierto que tiene mucho guardado.

Para quitarle algo habría que matarlo y yo en el infierno no me lo quiero encontrar. Ya se verá.



El semental aquel, al que se le congelaron las pelotas, amaneció muerto de viejo. Se me fue sin que hubiera montado nunca a una de mis cerdas. Alguien me aconsejó incinerarlo, no fuera a estar enfermo. Lo hice. Sentí un poco de rencor, viéndolo ahí, tan ajeno, en el hoyo, quemándose, con su cara de travesura.



No me importó tanto porque ya casi tengo suficiente para comprar otro. El negro sigue vivo, quedé con él que ahora vamos a ver primero si sirve el macho. —Con ese frío, creo que nomás lo llevamos a pasear —me dijo. Sonreí.

Cuando tuve el dinero, el negro tardó tres meses casi en conseguir el semental, porque no quiso traerme uno suyo. Fue por él a la serranía. —Del mismo clima —me explicó.

Trabaja bien a las cerdas. Ya estoy tranquilo: la piara crece; este año mato más.



Sebastiana me dijo que el administrador quería verme. Fui a su casa. Nunca había entrado. Sudé como bestia, ahí hace mucho calor. Según Sebastiana, tienen una caldera en el sótano que calienta toda la casa. ¡Vaya!

El administrador quería saber si me interesa venderle, sólo a él, lo que produzco cada año. Quedamos en arreglar precios. Menos lo que se usa en la casa, lo demás sí se lo vendo. También quiere que compre cerdos para matar. Eso no: mato lo mío, lo que sé a qué va a saber.

En una visita al puerto se lo conté a mi cuñado. Se cabreó. Que mejor él me compra todo. No sé qué hacer; tal vez venga mandar a los dos al carajo y yo seguir como antes.



Llegó, puntual como siempre, la carta de mi hermana menor: que había estado un poco enferma, pero que ya se sentía

mucho mejor; que la Superiora murió. Yo no sabía que era muy vieja. Ya les pusieron otra, joven como mi hermana.

Me pide que rece por las dos; no dice si por ella y la muerta, o la nueva, o qué. Está bien; lo hice, pero no mucho: no creo que lo necesiten. Rezo más por el semental.



Mi cuñado me regaló un radio. Ni Sebastiana ni yo logramos que sonara; ruidos hacía, pero nada más. Uno de los maquinistas me dijo que necesitaba antena. Él mismo la instaló una semana después, en su día libre. Trajo alambre y unos aisladores de porcelana blanca. Ahora suena muy bien. Lo puse en el comedor. Mi padre lo apaga en cuanto se vacía la estación. Sebastiana lo enciende y él lo apaga. Los viernes por la noche transmiten radioteatro. Ella y yo lo oímos quedito para que él no escuche. —Que se chingue —dice Sebastiana. A mí no me importa, pero a ella le da gusto.



Llegó la morocha, en el tren de las tres. Estuvo menos de una hora, iba rumbo a la capital, de viaje de bodas con un empleado de la alcaldía del puerto, esmirriado y chaparrín. Se casó y no me dijo una palabra. Ya que partió el convoy mi padre me vio con sorna. Yo le tenía echado el ojo. Tengo casi treinta años. Ni modo, aunque por ella está bien.

Me enojé con Sebastiana. Por lo de la morocha. Que el que no puede con mi padre soy yo. Tal vez. Pero, también:

no tengo un céntimo. Mientras la piara crece todo se me va en ello. Ya se hará todo. O no.



Llegaron tres mujeres que van al puerto a cantar. Son de la capital y andan recorriendo pueblos ganando algo de dinero. Pasaron aquí la noche. Pidieron de beber. Tenemos vino tinto y brandy. Bebieron cada una un vaso de vino. Después de cenar, platicaron en voz baja, parecían muy cansadas. Después se fueron animando y se pusieron a cantar y a tocar las guitarras, las tres tocan la guitarra. Lo hacían muy bien. Mi padre apareció y les pidió silencio con un gesto. Guardaron en los estuches sus instrumentos; platicaban y fumaban. Reían bajito y me volteaban a ver, sentado en el otro extremo del comedor; ellas muy cerca de la chimenea. Las vi sortear con monedas. Una fue a sentarse a mi mesa. Directa, me dijo que si yo quería, pasaba la noche conmigo, pero que no les cobrara. —Cobra mi padre —le dije incómodo. —Pues, tú me das lo que deba pagarle. Sonreía con la boca, pero su mirada era de angustia. Me dio pena eso y que sus amigas, desde la otra mesa, nos observaran sin oírnos, como ansiosas de que yo aceptara. —¿Cuánto les falta? —le pregunté. —Tres pesos... y cincuenta centavos —dijo tragando. Se los di. —¿Cuál es tu cuarto? —preguntó mirando a la mesa, derrotada, recogiendo el dinero. —Vete a dormir en paz —le dije violento. Por la mañana desayunaron muy calladas. Se despidieron de mí y me besaron en la mejilla. No volví a verlas, andan recorriendo pueblos, ganando algo de dinero.



De mi madre me acuerdo pocas veces; no tiene caso. Pero tengo aún muy claro lo buena que era y que me cantaba bajito.

La noche que murió, tendría yo nueve años, me despertó el llanto de Sebastiana, que era joven y la había llevado mi madre. A veces, dormido, recuerdo esa noche, me parece oírla gritar, a ella, a mi madre; son imaginaciones mías. Después empezaron a llorar mis hermanas, eso sí. Yo me levanté, sin saber qué pasaba; ya dormía bajo la escalera, en mi cajón. Fui a atisbar, aterido. Mi padre no estaba. Sobre la cama, ella, más blanca de lo que era, entre sábanas de sangre. Mi hermana mayor, con las manos tapándose la boca y la menor encima, gritándole, manchándose toda con su sangre. Todos llorando. Yo también.

Después tuvimos el velorio. Para cuando mi padre regresó, ya estaba todo el caserío. Sebastiana había orillado las mesas del comedor y la tendió en el piso, sobre un mantón extendido, derechita, muy blanca, con las manos cruzadas sobre el pecho, parecía una mariposa de alas bordadas, que si la tocabas se iría al cielo. Después llegó un ataúd en el tren de media tarde. El maquinista estuvo rezando un rato muy largo, hincado. Él, los otros y el del cabús lloraron sin pudor, ruidosamente. Mi padre los obligó a marcharse, no se podía retrasar más la salida, hasta peligroso era.

Sebastiana y las del caserío rezaron rosarios, uno tras otro. Mi padre entraba y salía. Ni se hincaba, ni rezaba. Yo le veía la cara como de piedra, las mandíbulas trabadas. La llevamos a enterrar al día siguiente; todo mundo fue con

nosotros. Lento y triste desfile, las mujeres con cirios, rezando y llorando.

Días después, el domingo, el cura fue a bendecir la tumba y rezarle un poco. Ya fuimos nomás nosotros, mis hermanas y Sebastiana, mi padre no, se quedó en la estación a recibir el tren de las ocho; después tampoco fue, nunca. Yo iba mucho al principio, ya más grande de vez en cuando, y ahora sólo el Día de Muertos; más, no tiene caso. Pero tengo presente lo buena que era y que me cantaba bajito.



Después del entierro fue que mi padre desapareció varios días. Nunca lo había hecho, ni volvió a hacerlo. Sebastiana se persignaba a cada rato y rezaba rosarios a gritos casi.



Nació la primera camada mía, de mi semental. Se ven fuertes los lechones. Ojalá. Ya no tendré que gastar en comprarlos ni porque me monten las cerdas.



A fin de año se hace buen negocio. Antes y después de Navidad, mucha gente va o regresa al puerto y la ciudad. Llevan a sus casas costillares, perniles, lomos, de todo: se gana bien. Hasta cinco vagones de pasajeros trae aquí cada tren esos días.

Noche Buena es el día más solo del año. Estamos vacíos y ni trenes vienen; Sebastiana igual hace bacalao y pone Belén; el 25 pasa por su cocina el caserío entero, para todos hay una buena porción de pescado que acá nunca se come. Mi padre, desde lo de la morocha, no se sienta a la mesa conmigo; esa noche, cena antes y se acuesta a su hora. Con el radio nos hacemos compañía; esta vez habló un sacerdote y dijo cosas que hicieron suspirar a Sebastiana. Yo veo al Niño Jesús y pienso que pasa frío.

Una navidad de hace poco, ya casi para dormirnos, serían las once de la noche, alguien llamó a la puerta de la estación. Cuando abrí me encontré con el que asesinó a la joven, años atrás. No sabía que su familia ya no vive en el caserío. Llegó hasta acá caminando. Va muy jodido. No abrió la boca; me miró con ojos quebrados. Lo dejé entrar y Sebastiana, al verlo desde la cocina se azoró. Debe tener veintisiete o veintiocho años; parece viejo. Se quedó adentro, parado junto a la chimenea, con las manos bajo los sobacos, cruzando los brazos sobre el pecho; temblaba de frío. Sebastiana me llamó. Me obligó a llevarlo a la cocina. Cenó por tres.

Durmió aquí. Se fue en el primer tren; le dimos algo de dinero y ropa, porque era Navidad y por ir como iba.

En la cárcel le habían pegado mucho, más los otros presos que los policías; tanto, que varias veces lo pusieron en la enfermería del presidio. Se le notaba: lleva la cara descuadrada. Tres años estuvo en juicio. Lo echaron a la calle a pesar de su confesión: no sabía ni dónde, ni cómo la había matado; afirmó que la había ahorcado con una cuerda, con un trapo, a mano limpia. El juez que lo liberó le dijo que algún día se

iba a dar cuenta de lo estúpido que era. Ahora, vivía un poco de lo que iba encontrando. El hambre lo decidió a volver. Parecía que hablaba de otro al contar lo sucedido. Ve ausente. Todo el tiempo tose. Dijo que en una golpiza, perdió un cojón, así, como quien pierde el sombrero. Lo peor que le ha pasado, dice, fue encontrar la casa de su familia ocupada por otros. Ya se da cuenta de lo inútil de echarse la culpa, para que no se llevaran a su padre, que le mató a la novia y al hijo.

Se fue en el primer tren, le urgía irse. Que el juez tenía razón. Creí que lloraría. No lo hizo. Ahora pienso que a éste lo secaron en la cárcel, le sacaron todas las lágrimas del cuerpo.

En la tarde, me fui a sentar a la mesa de la cocina cuando mi padre comía. No dijo nada. Yo tampoco. Sebastiana se nos quedó mirando y se le corrieron un par de lagrimones. Mi padre empezó a comer más rápido.



Estuvimos sin cura casi dos meses. Hasta que no llegó otro, joven y animoso, no se confirmó que había muerto el viejo. El primer domingo que celebró la misa aquí, en su sermón habló del cura difunto. Hizo llorar a algunos. Yo me acordé de mi hermana menor, que se metió de monja y está enferma pasando fríos.

Como este cura no sabía del clima que aquí hace, esa primera vez terminó la misa temblando de pies a cabeza. Daba casi risa.

Al principio, en cada visita trató de hacerse amigo de todos. Además, quiso que el administrador lo dejara usar el henil

como capilla o cuando menos, confesar ahí. Acabó como el otro, en la cocina de Sebastiana y yendo por cumplir. No lo sabe todavía, pero así se va a tirar la vida, hasta que llegue otro cura, joven y animoso, y en su primer sermón hable de él, muriéndose de frío.



A uno se le hace ojo. Cuando lo vi llegar, del puerto venía, con su trajecito lustroso, su cara de ratón, enteco y con un portafolios bajo el brazo: supe que traía problemas. Es del gobierno del estado; habló con mi padre primero, y luego conmigo. Nos dejó un montón de papeles: multas de Hacienda, de Sanidad y otras. Hice cuentas en la noche: ni vendiendo todos los animales junto para pagar. Mi padre no dijo nada. El de la cara de ratón va a volver en pocos días y si no tengo recibo de todos los pagos, embarga los cerdos, los pernils, los lomos, todo.

Mi padre recibió días después un sobre de la compañía del ferrocarril. Lo abrió y después de leer la hoja que contenía, me la entregó sin decir una palabra.

Cuando regresó el tipo, con su airecito de suficiencia, se lo planté en las narices: la estación está en propiedad federal; él es del gobierno del estado, sus reclamos son música de gaitas y se puede ir a tomar viento fresco, no estamos en su jurisdicción. Se fue echando chispas. Le devolví el papel a mi padre. A veces siente uno orgullo de él. Seguimos ya siempre comiendo juntos, aunque callados los dos.





Le conté a mi hermana mayor y a mi cuñado lo del cobrador de impuestos. Como al administrador lo mandé al demonio con lo de venderle todo lo que saco de los cerdos, él piensa que el asunto lo provocó el administrador. No sé si creerle. Además, está seguro de que van a volver, que al gobierno no hay modo de ganarle. Que ponga el negocio de los cerdos a nombre de él, como parte de su tienda, que conoce un contador muy bueno. No sé si confiarle, además mis cerdos no han estado nunca a nombre de nadie, son mis cerdos y punto. Tal vez fue él quien me mandó al tipo con cara de ratón. Qué cosas. Ahora, con casi cuarenta cerdos pasa todo esto.



Llegó solo el policía viejo. Su esposa murió hace unos meses. Él ya está jubilado. Viéndolo, nadie se piensa el oficio que tuvo toda su vida. Le conté que vino una Navidad el muchacho que creíamos asesino. Bebiendo su café a sorbitos me oyó. Él es de la casa y se sienta en la cocina. Se nota que le gusta estar donde nosotros. Paga siempre, pero es de la casa. De lo del muchacho no dijo esta boca es mía. Luego me arrepentí de habérselo dicho; fue como echarle en cara las desgracias que provocó sin querer.

También le conté lo del tipo con cara de ratón. Me ofreció ponerme todo en regla, tiene amigos y otros que le deben favores.

Se quedó casi dos semanas. Camina por ahí; se sienta junto a la radio y se queda dormido. Ya come poco. Me enseñó fotos que trae en la cartera. Hijas, hijos, nietos.

Nos despedimos en el andén. —No te preocupes, si ese muchacho de veras es inocente viene otra vez; si no vuelve, no. —Y yo creía que había olvidado el asunto.

Sí me llegó, como al mes, un sobre lleno de papeles del gobierno federal y un recado del policía viejo. Todo en regla. Se lo entregué a mi padre. No dijo nada pero me vio como cuando mi primera matanza.

El policía ya no volvió por aquí; es una pena, era de la casa.



Tanto defender la piara para tener que sacrificarla. Se empezaron a morir solos. Mi padre, viéndome enterrar los primeros, movió la cabeza negando: —Separa al semental —dijo yéndose. Sí, era lo mejor, salvar al macho y cortar por lo sano.

Otra vez mandó por mí el administrador. Me ofrece un préstamo para volver a empezar. Que me quite de problemas; además, que él se encarga de lidiar con los impuestos. Ya sé quién me echó encima al cara de ratón. Se fue de la boca. Ni cuenta se dio.

Sin decir porqué, le regalé a mi cuñado cinco piernas de jamón serrano y algunos lomos ahumados.



Mi hermana mayor salió con que está embarazada de su octavo hijo. Yo la vi contenta. A mi cuñado lo vi preocupado; su tienda marcha mal, el puerto marcha mal. Algo pasa que, aunque vendas mucho, poco ganas y todo sube de precio.



Llegó carta de mi hermana menor. Rara. Que la nueva Superiora y ella salen de vez en cuando a la calle; que siguen siendo monjas pero pueden salir. Me pide que busque y le mande una foto de nuestra madre; que la voy a encontrar en un arcón barnizado que está junto al escritorio de mi padre, en su oficinita. Que la Superiora le dio permiso y la va a poder conservar. Rara, la noto rara. De salud, parece que bien.



Lavé con sosa cáustica el sotanillo, el corral, los bebederos, todo. Sebastiana me lo aconsejó. Mi padre me ve hacer. No opina.

Puse todo mi dinero en cinco cerdas. Da alegría verlas tan fuertes, tan lindas. Al semental lo pongo con una a la vez. Lo cuido para que no se agote. Hice otro corral. Cada dos días los cambio y lavo todo con sosa.

Hasta que esto no cuaje, voy a vender lo que saque sólo al administrador. Prefiero llevar la fiesta en paz. También acepté matar lo que él me lleve; me va a pagar un tanto fijo por destazar cada animal y la cuarta parte de lo que saque del

horno de humo. El jamón serrano no entra en el trato, ese es todo para él.



La hija del administrador ahora es viuda con cuatro hijos y vive acá, con sus padres.

Los demás hijos del administrador, todos, han ido a la capital a estudiar y allá se han quedado. Ella también pero como enviudó, tuvo que volver.

Tiene aquí como dos años. Sus padres no quisieron mantenerla en la ciudad. Si quería ayuda tenía que volver.

En la fila de la comunión siempre va a la cabeza junto con sus padres y sus hijos detrás. Con las mujeres del caserío organizó unas obras de caridad. Parece que dan catecismo a los chicos y rezan el rosario. El nuevo cura almuerza con el administrador y su familia, no como el viejo que comía con Sebastiana.

Yo veo a la viuda ir al puerto por sus niños los viernes. Allá estudian y viven con una tía durante la semana. Ella ha de andar por los treinta y cinco; en todo caso es de mi edad o un poco mayor. Su cara es severa, como la de su madre, que con la mirada te dice que eres inferior por pobre, como yo, o por indio, como los demás. Yo la veía ir y venir los fines de semana. Y a uno se le hace ojo: de buena estatura con su abrigo largo, guantes y bufanda, veías que era regordeta y que andaba en muchos calores; luego supe que no es gorda, es friolenta; pero, en lo otro, en lo cachonda no me equivoqué.

Una tarde que entró al comedor a esperar el tren, supe que iba a lo que iba, pues siempre llegaba a punto y no tenía que esperar.

A mí, de antojarse, pues sí, pero el recuerdo de los estacazos aquellos me había hecho precavido y mejor era no tener entuertos con el administrador, que es fino para dar problemas.

Da lástima. Ahora se ha hecho amiga de Sebastiana que bien sabe lo que quiere la viuda y se hace tonta con ella y conmigo. Yo le saco la vuelta; además, nunca anda sola. Su madre la manda a todos lados con una criada, indita joven, que no se le despega.

Igual se me queda viendo; con cualquier excusa me busca plática pero yo, no es por otra cosa, soy de poco hablar.

—Que dice mi patrona que lo espera hoy —me dijo una mañana esa indita, dándome copia de la llave de la cocina de su casa—; que a las once de la noche en punto —agregó con una sonrisa de gusto.

Luego supe que la hija del administrador se la encontró a la indita en el henil montada por uno del caserío. Le guardó el secreto pero la regañó, no por andar en esas, sino porque iba a salir embarazada; eso me lo contó ella misma, la hija del administrador, y que le había regalado una esponja de mar en un frasco con aceite, para que se la metiera antes de que la montaran y no saliera preñada, que eso le había enseñado la esposa de un farmacéutico en el puerto. Y las dos eran cómplices de puterías.

No fui. Ella insiste en que por doblarla más, pero no fui por miedo.

Sabía que todas las tardes de sábado voy a hacer cuentas con su padre. La cosa podría ser rápida pero como es tramposo hay que ir despacio y estar atento. Así, siempre cuadran los números. Me recibe en su oficina, a la que se entra desde el patio, aunque comunica con la casa.

Después de que me mandó la llave, el siguiente sábado, al salir, serían las seis y media, ya oscuro, me fui caminando despacio, viendo hacia las ventanas de arriba. Ahí estaba, sentada, haciendo como que leía, pero muy cerca de los cristales. Se me quedó mirando. Distinguí que lloraba; se llevó una mano a la frente y boqueaba. Me dieron ganas de usar la llave esa misma noche.

Después me confesó que no lloraba, que estaba pensando en empiernarse conmigo, consolándose con la mano; que siempre se había pajuleado, que antes de casarse de vez en cuando y después ya viuda más, diario, a veces varias veces en un día, que no podía con la calentura pero ni se le ocurría confesárselo al cura, que nunca había oído que fuera malo aliviarse ella misma, que de alguna manera tenía que sacarse las ganas.

Nos vemos en el cuarto de la indita; esta se queda en el cuarto de su ama las noches en que nosotros nos liamos, que es casi diario. Tiene siempre sábanas de ella en ese cuarto, que pone en lugar de las de la indita, que le dan asco.

Dice que me quiere, pero yo sé que no; lo dice para no sentirse mal.

Por lo que cuenta, su marido era distante con ella, tampoco se lo creo; lo que ha de haberle pasado con él es que no se atrevía a portarse como conmigo y se fue aburriendo; como

a mí me ve menos, no tiene que aparentar nada y puede ser como es sin miedo a qué vaya yo a pensar de ella.

Está firme de carnes; en la cama es como mi morocha, igual todo le gusta, todo hace y de macho es muy hartona. Me gusta nomás para esto. Es la mujer más caliente que he conocido y me enseñó cosas nuevas que no le pregunto cómo aprendió pero esta, así, tan seria que se ve, mucho ha rodado.

Cuando mato cerdos va a ver, con la indita o con su padre. Se le moja el labio de arriba de sudor. Es rara, después de cada matanza se porta como la mejor puta en la cama.

Le gusta que yo la trate como sé, como a las rancheras y a las del puerto, como aprendí. Eso sí que le gusta. —¿Lo hacen todas? —me preguntaba; se creía diferente y le preocupaba. Dice que le he hecho mucho bien. No la entiendo.

No puedo ir todas las noches, pues algunas el tren hace varias paradas y ni modo de estar saliendo a la carrera tres o cuatro veces. Y es muy raro que pase la noche entera con ella.

Su madre la regaña mucho porque ya no comulga. Tanto la incordia que le confesó que tenía un amante, pero no le dijo quién. Su madre lo tomó a la tremenda y le dijo puta, pero le guarda el secreto por miedo al marido. La atajé: —Si quieres, mejor lo dejamos —soltó una risita, negando con la cabeza—: a mi mamá la controlo yo, no tengas pendiente —me dijo.

Días después me contó que su madre había hecho cornudo a su papá y ella lo sabía por unas cartas. —Calladita, que en esta casa, hay dos putas —le había dicho a su madre. La veo

distinta desde eso. No me cuadra que trate a la mala a su madre; menos, que me lo haya contado.

Dejé de ir a su casa. Me mandó varios recados. No fui.

—Que es usted un hijo de la chingada —me dijo la indita, burlona, de parte de su ama. Así nomás. Yo me sonreí. No vuelvo a su casa, eso ya lo decidí.

Antes de dos semanas ella empezó a venir a la estación. Ya tarde. La primera vez, entró a la cocina y se quedó en pie mirándome. Creo que mi padre no sabe. Sebastiana hizo como si no la viera. A ver si esto no acaba mal.



Otra carta de mi hermana. Insiste en lo de la fotografía de mi madre. Ya entendí por qué me parecen raras sus últimas cartas: ya no le censuran lo que nos escribe. Ahora es ella, antes era una extraña que vivía en un lugar perfecto y sólo de Dios y su felicidad hablaba. Esta de ahora es mi hermana, que describe el convento y el claustro, y nos cuenta que con migas y paciencia ha llenado de aves el muro de su ventanuco; que hay monjas gordas y comelonas, y otras flacas y ascéticas. Ya es persona otra vez, eso parece. Y, sí, ya parece contenta.

Yo, a Sebastiana, no le he dicho lo de la fotografía. Se lo conté a mi hermana mayor que ya está en término de este crío. —Dile —me vio con ojos de regaño—, ¿o, qué, todavía te hace mear de miedo? —Me enojé. No es miedo: es pedirle algo.

Esa vez que fui al puerto, me encontré con la morocha. Por algo la tenía vista yo: está también embarazada y se ha



puesto todavía más bonita y con su sonrisa grande, que es un gusto verla. Me saludó muy natural. Está alegre, como siempre.



—Mi hermana quiere una foto de la madre —se lo dije sin más. Él estaba anotando en su libreta; ya usa lentes. Se quedó quieto, conmigo parado junto al quicio de la puerta de su oficinita, a sus espaldas. Siguió inmóvil—. La monja —agregué, sabiendo bien que él no iba a preguntarme cuál de sus hijas; eso sería aceptar que tiene dos. No volteó: —Que venga Sebastiana.

Al poco, Sebastiana me fue a entregar una foto vieja. —¿Qué es para mi santita? —preguntó. —Sí —respondí extendiendo la mano. —Saqué tres —me dijo— quédate con una y dale otra a la mayor: fue madre de todos. Me di cuenta que tomó otra para ella.

La mejor se la mandé a mi hermana monja. De las otras, que la mayor escoja.

Sentí mucha tristeza: no la reconocí. Es mi madre. Recuerdo mejor su voz; qué pena la muerte pronta.

Ya tarde, esa noche, le pregunté a Sebastiana de qué murió; nunca lo había pensado. Había muerto y ya. ¿Qué importa cómo o de qué?, si eres niño no hay diferencia. La gorda sin voltear, lavando cazos con agua helada me dijo de corrido: —Perdió-un-bebé-y-se-vació. —Supe que mentía.

Algo me dice que mi padre tuvo que ver en ello. Ya lo sabré.



Desde mediados de diciembre hasta Epifanía la casa del administrador está vacía. Van a la capital a pasar las fiestas.

El mismo día que regresaron, el administrador fue a revisar la piara, las paridas y a contar jamones, lomos, costillares y todo lo demás.

Su hija y la indita, con los niños, fueron con él; a los chiquillos les gusta ver llegar trenes —hoy, a esas horas, no llega ninguno—, y hacerles travesuras a los cerdos.

El administrador, libreta en mano, hizo inventario completo. Lo dejé solo, pesando manteca y morcilla. Me sé de memoria lo que tengo; no puede hacer trampa en eso.

Aproveché para baldear la mierda de los cerdos, cuando se llevaron a los chiquillos al pastizal que está atrás de la casa, hacia el poniente. Mi padre taló esa parte del bosque, antes de yo nacer, antes de él casarse, para ganar algo de sol de tarde, para evitar algo de frío.

Hay que reconocer: son niños lindos. La indita les trajo una pelota. Vi desde el corral, que la Sebastiana les llevó buñuelos y chocolate caliente. Son ratos buenos. Esta vez sin viento, con risas de niños, casi sin bruma.

La hija del administrador se separó del grupo. Caminó hacia mí sin perder el tufillo de superioridad que de su madre saca. —Me indica dónde está su baño —me ordenó en voz alta, varios metros antes de llegar, recargado yo en el corral. La vi sin abrir la boca. Cogiendo dice ordinarièces y es muy sumisa.

Entramos a la estación por atrás. Su padre, en una mesa del comedor, de espaldas a nosotros, hace cuentas. —Voy al baño papá; ya no te tardes —le dijo, segura de que no iba a voltear. Tan segura, que me sobaba la bragueta. A mí hasta me asustó.

Se metió de un salto a mi recámara. Del baño, nada. Sin desvestirse, urgida, en brama, excitada por la cercanía de su padre, de los niños; con la emoción del peligro. —Así, así —me decía con temblorina, hincada sobre la cama presentándome el trasero—. Así, así —me urgía, bajándose los calzones.

Me mandó después a sentar con su padre. Se quedó, acomodándose la ropa, serenándose.

El administrador se despidió de mí: —Es usted un caballero —me dijo.

El parloteo de su hija, cuando ya se iban, me sonó a burla de su padre. No me gustó.

Ya solos, Sebastiana me dijo, entre dientes, pendejo, y se metió a la cocina. Le saqué la vuelta pero en la noche, embistió de nuevo: —Pendejo —no le contesté pero ahí me quedé. Estuve aguantándola—, siquiera le cobraras, porque eres su garañón. —Me sonreí por no alegar, pues es difícil llevarle el paso en una discusión. Como seguía, por fin le solté: —Y a ti ¿qué te va o qué te viene este asunto?

Milagrosamente se quedó en silencio. Movía un poco un guiso; atizaba un poco el carbón de algún quemador; probaba su café. Yo, ahí, sentado, haciendo que leía el periódico. —Me voy a dormir —le dije después de un rato más, ya seguro que era cuestión zanjada. Ya salía de la cocina cuando la oí decir: —Cada vez eres más como tu padre.

Era noche de varios arribos. Cada vez que me levanté a hacer mis deberes, ahí estaba el eco de la frase de Sebastiana.

No nos hablamos varios días. Ella sabe la purga que me puso. Lo peor es que me lo dijo porque sí lo piensa.



Fue niña y casi se muere mi hermana en este parto. El día siguiente al alumbramiento la fui a ver; trajo el recado uno de los maquinistas. Me la encontré en cama, demacrada. La otra señora la está ayudando en la casa con los niños y el marido. Ahora me entero que se han hecho muy amigas. A mí me dio la impresión de que a mi cuñado aquello le cansa. Se lo pregunté: —Imagínate; si me peleo con una, las dos se ofenden. —Me hizo gracia—. Y, como son amigas, la otra no me deja ni tocarle un pelo; mal negocio hice. —Es buen tipo; comprendo que me lo dice por respeto. Mi hermana lo quiere pero le conoce lo mujeriego. En el puerto y sus alrededores no puede ponerles los cuernos, claro que no: lo celan ellas dos y los catorce hijos que juntan, sin contar los amigos de los chamacos. —Ni un masón, comunista y republicano, en Madrid, es mejor perseguido —dice mi cuñado sonriendo—. Cada vez se me hace más chico el puerto —y suspira viendo pasar costeñas a las que la brisa desnuda sin desvestir.

Yo les sigo regalando, de cuando en cuando, jamones y tocinetas. Algo ayudan. Pero la tienda va mal. Ahora, que ya no le suben los precios y que vende cada vez más, le crecieron los impuestos y de tan complicados de calcular, paga

a un contador que se supone es muy capaz y le mantiene todo en regla. —Ya no soy comerciante; el gobierno me hizo delincuente perpetuo; pienso más en cómo evitar impuestos, que en cuidar el negocio —lo oigo y veo que lleva razón: a uno lo marea cualquier empleado del Ayuntamiento.



Mi hermana, cuando le di a escoger qué fotografía de mi madre quería, se quedó seria, con la boca fruncida. —Esta —me dijo señalando una que le tomaron, seguramente, todavía soltera.

Me contó después, que lloró en cuanto se quedó sola. Igual que yo, pero no se lo dije.



El administrador mandó más cerdos de los que puedo ahumar. Se lo expliqué y le pedí dinero para alimentar a los que sobran. Hizo el gran cabreo. Yo no soy de mucho hablar, pero le expliqué lo mejor que pude. —Es el horno, no que me falte voluntad —se lo dije de buena manera.

Como empezó a alzar la voz, mejor me fui. Se quedó vociferando, parado en la puerta de su oficina, la que da al patio: —Tramposo, flojo, limitado de sesera —me iba gritando al yo alejarme. Su hija, su esposa, sus nietos, sus sirvientes y todo el caserío, oían. Yo entiendo: lo que más lo enojaba era que no podía hacer que me quedara a aguantarle la pataleta. En fin. A mí no me importaba. Igual regresé con la pira

completa y se la dejé suelta en su patio, entre los setos y flores que tanto cuida su esposa. Hice otro viaje y le boté en el suelo lo que era suyo de manteca, morcillas, lomos, de todo.

Su hija, su esposa, sus nietos, sus sirvientes y todo el caserío se carcajearon de él, a sus espaldas y de frente. Yo no lo hice por eso, pero, bien visto, sí era gracioso.

Así terminó el negocio con el administrador. Según mis cuentas, con él de socio, en tres años tendría yo suficiente para hacer buen dinero sin matar más que lo propio. No importa, igual vivo de pobre; lo que gano lo ahorro y lo pierdo, por angas o mangas.



Hace poco la Sebastiana me dijo despacito, como habla cuando va muy en serio: —Yo me quedé a cuidarlos a ustedes que eran chiquitos; ¿tú, qué haces aquí? —no le contesté porque se me hizo un nudo en la garganta, como cuando era niño y mi padre decía “cinco azotes”.



Resulta que la hija del administrador, ahora que regresó de la capital, cuando se fue a hincar en mi cama ofreciéndome el trasero, venía prometida en matrimonio con un amigo de sus hermanos. Lo de la morocha me dolió, ésta, no.

La siguiente vez que vino a verme —yo sigo sin ir a su casa—, la estuve magreando sin darle su gusto. Cuando ya era una brasa, le pregunté por su compromiso. Se quedó

de una pieza. Abrió los ojos como platos. —Pinche india —murmuró comprendiendo quién me lo había contado.

Yo soy de poco hablar. Me le fui separando. —Cásate conmigo —le dije para oírla. Se me arrimó, barbotó excusas, zalamerías, explicaciones y al final cachonderías. Seguía en hervor. Yo, como de hielo. Ella me manipulaba con gula. Yo, vistiéndome; ella, tallándose en mi cuerpo. Quedó de rodillas, ahí, sobre el suelo—. ¿No te casas conmigo? —le dije, ya nomás por cabrearla. Cerró los ojos y me dijo bajito: —Estás muy pendejo.

Se veía ridícula, desnuda, despatarrada, el pelo revuelto. Ahora, sé que hice mal porque la humillé y ni la quería; mi coraje era que Sebastiana tenía razón.

Se vistió en un santiamén. Ya para salir me dijo (y le rechaban los dientes): —Mi padre tiene razón, ustedes sólo se entienden bien con los cerdos.

Sí, hice mal, la humillé.



Como dos meses después paró en la estación un tipo de ciudad. Tendrá cuarenta o cuarenta y cinco. Elegante.

A uno se le hace ojo. Verlo y saber que era el futuro marido de la hija del administrador.

Efectivamente: pidió señas de la casa. Me ofrecí a llevarlo.

Iba bien abrigado. Ahí es, fue todo lo que le dije, ya cuando se veía la casa al fondo de la vereda empedrada, entre la niebla. Lo vi seguir su camino cargando su maletín. Debía ser visita sorpresa; si no, hubieran mandado por él.

A uno se le hace ojo y, este, enamorado no iba. Creo que le gusta lo que a los señores no debe llamar la atención. Ya se sabrá, como todo.

Estuvo dos días.

Esperó un buen rato su tren. Lo observé de lejos. Sí, este es un poco maricón.



Yo leo el periódico siempre retrasado. Un maquinista me hizo la afición. Una vez a la semana pasa por aquí y me deja los que ya leyó.

A mí qué me da si me entero hoy de lo que empezó hace una semana; además, si algo me interesa, leo primero el desenlace y me divierte ver lo que se decía antes.

Pienso que así le pasa a Dios: le ha de resultar divertido vernos dando una en el clavo y ciento en la herradura, sabiendo en qué ha de parar todo. Aunque, tal vez, a veces se ha de encabronar. A mí me pasa. Mira que para terminar en lo que terminan las guerras, ya podrían no empezarlas: después de un montón de muertos y salvajadas la gente queda como estaba o peor. Le dije a Sebastiana todo esto; alzó las cejas y me contestó, negando con la cabeza. —Tú a tus cerdos y deja a Dios en su oficio.

¡Carajo!, por una vez que le hago plática.



Llegó carta de mi hermana menor. Manda saludos a todos, como siempre. La gran noticia es que la Superiora consiguió



mandarla al sur, hasta un convento cerca del mar. Que le va mejor para la salud y que no hace frío. Me dio gusto. Le leí la carta a Sebastiana. Agarró un enojo enorme. Es que ella siempre fue su favorita. —Monjas, hijas de la chingada. O sea, que la tenían muriéndose de frío no más por joder, teniendo convento en otro lado. —Yo, que no lo había visto así, también acabé pensándolo.

Cuando la mayor leyó la carta, dijo casi lo mismo que Sebastiana. Mi cuñado, más reflexivo, me dijo a solas que mejor le escribiera a la Superiora, preguntando por la salud de mi hermana. —Puede ser que la cambien porque la vean muy mal. —Lleva razón. Me quedé preocupado.

Ya mandé la carta.



Al paso de los años acabas por conocer a casi todos los que paran por aquí. No sabes sus nombres, pero los conoces. Hay quienes saludan, quienes nunca hablan, los que siempre llevan cara de funerales o de fiesta. A algunos les notas cómo les va yendo cada vez peor, en la ropa, en los zapatos, en los ojos. A otros pocos, que van progresando. Ves gente que primero pasa sola, luego con alguna moza y después con hijos.

Y, se te hace ojo.

De la mayoría se distingue el color del alma. Hay a quienes tratas mal; se les nota que en nada bueno andan. Sabes quiénes, a pesar de rentar cuartos separados, son pareja, incluso hombres que llevan de viaje mocitos putos del puerto, que por algo de dinero se van con estos tipos. Uno no se mete

donde no lo llaman. La mayoría es normal; normalmente egoísta, ambicioso, pobretón, cobarde, caliente: normal. Ni muy alegre ni muy infeliz: normal.



Meses, vi pasar a un señor ya mayor que se quedaba viendo fijo a una muchachilla; todas las semanas van a la capital, algo lleva a vender ella, él debe ser cobrador. Se notaba que procuraban coincidir. Hasta gusto me dio cuando se sentaron juntos a la mesa por primera vez. La cosa marchaba para el señor mayor. Ella le habla de usted, pero lo deja tomarle la mano. Después, echaban de ver que ya dormían juntos: él ya no la toma de la mano, ni le acerca la silla. Ella se ve contenta. De vez en cuando estrena alguna cosita. Pobrecilla, se quedó en amante.



Muy allá de vez en cuando nos llega alguien distinto, como aquel turco que todo el tiempo me quiso vender un tapete, para confesar después de comer, como pocas veces se ve, que no tenía un céntimo. Según él, me dejó el tapete en prenda; que ya volvería a recogerlo, que es carísimo y lo va a rescatar. Yo lo uso en mi cuarto y me parece muy bueno.

Una vez llegó del puerto rumbo a la ciudad, un señor de abrigo negro y sombrero de pieles. Iba con su esposa; se veía que eran gente muy rica. Estuvieron sólo durante la comida, no se hospedaron, seguían en el mismo tren; pero en ese rato hicieron que Sebastiana vomitara lumbre. Eran muy

educados. Él me decía señor, con un acento muy extraño. Me preguntó qué era la fabada. Yo, de poco hablar, le contesté enseñándole un plato. Resultaba que ni él ni su mujer comían cerdo. ¡Lucidos estamos! Le ofrecí un chuletón, que es de res y muy bueno, grueso, de las vacas de por aquí. Estuvo de acuerdo, pero que no le pusiéramos nada de manteca, ni de aceite y que si no lo tomaba a mal, que se lo sirviera en sus propios platos y diciendo y haciendo, su esposa isacó dos platos de su bolso! Sebastiana casi salió a liarse a golpes con la señora; pero, en fin, la controlé un poco y les hizo un par de filetes sobre el carbón; se los sirvió con un buen montón de papas pequeñas, que dora con todo y cáscara. Regresaron todo. —Yo te pago señor —me dijo él, muy correcto—, ya no queremos; yo te pago. Algo raro pasaba. Tal vez tampoco comían papas. Les regresé los platos lavados. Hablaban entre ellos en sabrá Dios qué lengua. Sebastiana maldecía a gritos desde la cocina; el resto del pasaje sonreía, conociéndola casi todos. —¿Huevos, me puedes servir huevos tibios, señor? —le dije que sí, pero que ya no le daba tiempo, el tren ya estaba para partir. —Véndemelos crudos, señor. Le llevé media docena. —No es nada —le dije. Pero tampoco se los llevó, no le gustó el color del cascarón. Dejó dinero sobre la mesa. —Perdona, señor. Aquí te dejo. —Salieron con la panza vacía; a él se le notaba el hambre que tenía; a su esposa no tanto. Ella nunca me habló, parecía apenada.

Mi padre vio todo, impasible como siempre. Le dijo a Sebastiana al cenar: —Te vas a morir de un coraje. —Y, es que estaba ofendida hasta el alma por lo de los platos, más que por lo de la comida y seguía rezongando.

Como dos meses después, pasaron de regreso al puerto. Vestidos igual. Ahora llevaban su comida, unos emparedados grandes, envueltos en papel blanco. La señora me habló: —¿Me llevas a tu cocina, señor?

Iba a ver a Sebastiana.

Gente fina: le llevaba un pastel. Las dejé solas; yo tenía que atender a los pocos que habían llegado. El señor me llamó con un guiño: —Ten, verás qué bueno, señor. —Era un dulce grande no supimos de qué estaba hecho, era una pasta aceitosa, pero mejor que bueno. Lo devoramos en pocos días.

Yo me fui a asomar a la cocina cuando oí que la Sebastiana se reía. La señora la tenía tomada por las manos y algo le explicaba cloqueando, la gorda torcía el cuello de gusto.

Cuando se fueron, nos quedó a los dos una sensación rara: nos sentíamos importantes. —Así, es distinto —decía Sebastiana. —¿Pues qué te dijo? —le pregunté. —No sé, habla chistoso, pero qué gente tan decente.

El pastel también estaba bueno. Sebastiana intentó cien maneras de hacerlo. No pudo; era como una torta de pura costra y adentro manzanas rebanadas, con miel y canela.

Mi padre probó el dulce y dijo sin vernos: —Eran judíos. Vinieron sólo dos veces y a la fecha, los extrañamos.



Un tipo pequeño de estatura, también se hizo notar hace años. Viejito, delgaducho, de aspecto insignificante, español cerrado y de reciente arribo a juzgar por la ropa y las

alpargatas. Venía sin rasurar de varios días, parecía embozado de lo tupida que tenía la barba.

Llegó una tarde cualquiera. Con un atado bajo el brazo. Se quedó en pleno andén, frente a la entrada al comedor, derecho como un soldado, el cuello de la camisa cerrado hasta el último botón. Sin corbata. No entró hasta después de varios minutos en que había quedado ahí, solo, ajeno al frío. Cojeaba, no mucho, pero se le notaba.

    Mi padre no reparó en él.

Una vez dentro tuve que indicarle que se sentara donde le diera la gana pues cada vez que pasaba yo a su lado, atendiendo a la gente, me seguía con la mirada, derecho, sin girar el cuello, ni hablar. Tenía cara de angustia a pesar de que estaba impávido. Miraba con miedo.

Se sentó, con el atado de ropa a un lado, las palmas de las manos extendidas, rectas, bien separadas sobre la mesa y la cabeza inclinada, clavando la mirada en las tablas de la cubierta; le pregunté qué quería. No respondió y no esperé.

A la siguiente vez que pasé junto a él, le dije: —Algo, agua. —Pues sabes que hay quien no tiene dinero ni para un café. Me volteó a ver: —¿Algo de comer? —Así, preguntando y con ojos de perro apaleado. Tú, que te crees que has visto todo, no te sorprendes. Le llevé potaje.

Comió dando cucharadas de metrónomo, una tras otra, a un mismo ritmo, casi sin masticar. Ahí siguió, igual: las manos a los lados del plato vacío, la cuchara, chupada hasta relucir y la mirada clavada hacia abajo. —Ande, va usted a perder el tren; son sesenta centavos, pague y aborde —le hablaba yo sabiendo que era tal vez tonto, o quién sabe qué, pero normal, no.

Pagó, se puso en pie, acomodó la silla, tomó su atado y... se quedó ahí, frente a la mesa, casi en posición de firmes otra vez.

—¿No va usted en el tren? —le pregunté buscándole la mirada. Ya casi toda la gente había abordado y, ¡anda!, con algo de tartamudeo, preguntó por mi padre por su nombre.

Es por lo que forma parte de aquellos diferentes a los demás, por eso y porque mi padre sí fue a ver quién preguntaba por él y no sólo, sino que se lo llevó a su oficinita. Ahí se quedaron horas, ahí les llevé algo de cenar.

Hablaron toda la noche, encerrados, dejándonos a la gorda y a mí en la más grande sorpresa.

Sebastiana, con buena lógica, supuso que era alguien del pueblo de mi padre.

El viejito, al día siguiente, sin haber dormido nada, abordó el tren. Mi padre se despidió de él con el único abrazo que le he visto dar en su vida.

Cosa más rara aún fue que después de eso, mi padre echó a andar y se perdió en la bruma, abandonando la estación el resto del día.

Volvió hasta la mañana siguiente.

Yo supe después que la noche la pasó en casa de un vaquero navarro que vive acá y es lo más parecido a un amigo para mi padre. —Seguro, seguro es alguien de su tierra y de ahí, sólo llegan malas historias —comentó la gorda.

Algo extraordinario: semanas después, mi padre habló de él.

Sin preámbulo, pero la gorda y yo entendimos que hablaba de él:

—Cuarenta años de edad y veintiséis en prisión. —Fue lo primero que dijo, parado en la cocina viendo afuera por el

ventanuco, las manos atrás—. Fusilamientos y ahorcamientos falsos, hasta quebrarle el alma; diez años en aislamiento y volverlo loco; lo apalearon, lo rompieron, que ni a un animal rabioso; se lo acabaron. Un día, lo ponen en la calle sin una palabra. Se estuvo de plantón frente a las puertas de la cárcel dos días, por miedo, por instinto, porque ya creía que ése era su lugar; lo tuvieron que alejar a pedradas. No supo por qué lo metieron, ni por qué lo sacaron, había olvidado hasta cómo se llamaba.

Sebastiana y yo, estáticos, no sólo por lo espantoso del relato sino porque ni antes ni después, lo oímos hablar tanto; después, aún menos.

El hombre aquel era un viejito y resultaba tener quince años menos que mi padre, que en ese entonces era macizo y de pelo casi sin canas.

—Llegó a su pueblo no sabe cómo; repitiendo el nombre de su madre; ella no lo reconoció, pero supo que era él. —Se detuvo, seguía con las manos atrás.

La Sebastiana, queriendo ayudar a disipar el tufo ácido de lo oído, murmuró: —Pobrecillo, pero algo habrá hecho, digo yo, a nadie se le hace eso de gratis.

Mi padre, giró despacio, sorprendentemente su mirada no era acerada, como siempre, ni su ceño estaba fruncido: —No, mujer, no. Son así las guerras. —Yo, tratando de restar la cosa y porque francamente, me incomodaba ver a mi padre en esas, dije alzando los hombros: —Pues, yo, provisionalmente, me cago en Franco.

A mí sí me miró severo: —Si ganan los otros pasa lo mismo, sólo que a otros.

Por todo eso nos llamó la atención ese visitante pero, la verdad, pasado el primer impacto maticé la historia: “Sería algo exagerado; tal vez para sacarle dinero a mi padre”, pensaba y pienso.

Fue hace ya tanto que no sé ni por qué lo recuerdo.



—Que mi patrona ya se va mañana para la ciudad y no sabe si vuelve, que si quieres te espera en la noche. —Claro, ya llegó la fecha de la boda. La indita siempre da los recados completos, pero aun así la hice prometer que le iba a decir que, por mí, se podía ir mucho a la chingada. Nunca la había visto correr para llevar respuesta.

Así supe que en esa casa los hombres son todos cornudos.



Nunca había pasado. Salí a barrer el andén para esperar el tren de las dos de la madrugada del martes y no estaba mi padre. Terminé cuando ya se veía entre la bruma la luz algo-donosa de la locomotora, que a esas horas nunca pita.

Llegó sólo un pasajero. A los veinte minutos partió el tren. El maquinista y sus ayudantes rellenaron de café sus termos y preguntaron por mi padre. Sebastiana lo había ido a buscar a su cuarto y les dijo que mandaran un médico del siguiente pueblo. Yo no lo fui a ver.

Como el médico nunca llegó, la Sebastiana fue por el llavero de mi padre y me lo tendió. —Anda, habla, que



manden un doctor y a alguien que cambie las vías. Yo batallé un poco pero hice la llamada, mi primera llamada telefónica. De que mandaran otro para los cambios de vía, no dije nada; yo sé cuándo y cómo. Sebastiana, por joder lo dijo.

A los tres días entré a su cuarto. Suda como si estuviera en un cazo de agua hirviendo. Parece que está inconsciente, pero dice la gorda que es la fiebre. Es pulmonía, había dicho el doctor y le recetó algo inyectado. Sebastiana dice que sabe inyectar. Yo lo que vi, ahora que le puso la medicina, es que tiene las nalgas moradas. No importa, lo que sí es bueno es que le entre la sustancia, como dijo el médico.

Lleva así diez días. Ya mejora.

La cara le quedó pellejuda de lo enflaquecido que está. La barba la tiene desaliñada. Es un despojo.

Para cuando volvió a ponerse en pie, yo ya había revisado a mi gusto el arcón de donde la Sebastiana sacó las fotografías de mi madre. Será por eso que yo nunca guardo papeles.

Él, con el uniforme flojo, viéndome a los ojos, me pidió el llavero. Se lo di. —¿Anduviste curioseando? —me dijo seco. Primero no le contesté; me fui, pero regresé de inmediato: —Sí. Revisé y me leí todo —casi le grité. Se fue poniendo rojo. Tomó su linterna y echó a andar rumbo al andén; a esas horas no había llegada. Parece que perdió estatura; será que se encorva.

A Sebastiana, que oye todo y se quedó llorando el resto del día, no le hablé en semanas.



Mi padre, cada mes desde siempre, va dos días a la capital. Hace su informe al ferrocarril y entrega, religiosamente exacto, el poquísimos dinero de los boletos vendidos; también lleva los tarjetones de cada día, con su letra dibujada que parece impresa, nítida, sin una borroneada nunca. Aprovecha también para comprar cosas que por acá son más caras.

Son los días en que pasan menos trenes y los maquinistas se encargan de hacer los cambios de vía. A veces yo los hago, por ayudarlos, porque sale de mi rutina y porque me gusta.

Son los dos mejores días de cada mes. Hago lo mismo pero no está él, dando sus órdenes breves, reprobándote con la mirada, impecable, preciso, distante.

Esta vez, a su regreso, me entregó un paquete: un libro. Es lo primero que me regala. No dije nada. Me quedé en el andén, sin sentir el frío; no entendí qué pasaba. —Ya que te gusta leer todo —y me lo encajó en la mano. Es una historia condensada de la guerra civil española y del exilio. Tiene algunas fotografías.

Lo leí de un tirón.

Fui a cortar leña. No hacía falta leña, me hacía falta golpear.



La casa del administrador quedó vacía cuatro días. Fueron a la capital, a la boda de la puta de su hija.

Luego, en un periódico atrasado vi las fotografías de la ceremonia en la catedral y el banquete en el casino español; comprendí que ella tenía razón en ni pensar en mí para marido.

Ya me da menos pena acordarme de la guarrada que le hice. La verdad, hasta me sonrió nomás de recordar el cuadro que hacía la pobre, ahí, tirada, en cueros, sobre las baldosas heladas. En las fotos del periódico hasta se ve guapa y formal. La vida.



La respuesta de la Superiora tiene buenas y casi ninguna mala noticia. Que no nos preocupemos por mi hermana; lo que pasa es que no puede con la regla tan estricta de la Orden y ella le tramitó con el Obispo el cambio a otra menos rigurosa. Que sigue siendo monja —para lo que me importa— pero ahora puede usar zapatos, salir a la calle y por supuesto no pasar fríos porque, además, en el nuevo convento duermen en camas —¡ay, curita de mierda!, ya te encontraré en el infierno—; que ella, la Superiora, la mandó acompañada por otras dos, que le dicen se quedó de lo más contenta en su nueva casa. Que ya escribiré.

Viene en el sobre, una estampa de Teresa de Ávila; que le recemos; que es su fundadora. Yo, a esa que le puso tan difíciles las cosas a mi hermana no le rezo, le reclamo. Al cura lo maldigo y a mi padre también.

La Sebastiana se puso muy alegre cuando le conté la parte buena de la carta. ¿Para qué enterarla que mi hermana chica se tiró quince años durmiendo en el suelo, descalza y muerta de frío?; ¿para qué?

A mi padre no le dije nada, igual se enterará, pero no por mí.



Cuando ya estaban casi para ser matados 18 cerdos, que están lindos de gordos y sanos, vino un tipo con bata blanca. Nomás se bajó del tren y supe qué seguía. Mi padre, desde el otro extremo del andén, me miró con sus ojos azules, penetrantes.

Otra vez lo mismo. Un papel que ordena sacrificar todo el ganado porcino de por aquí, por una epidemia. —Yo no vengo a comprar problemas —dijo muy serio, con mi padre y yo frente a él—, en una semana viene un inspector y puerco que vea, puerco que mata; les dejo el papel y me largo. —Así lo hizo.

¿Epidemia? de aquí a cien kilómetros no hay otro cerdo.

No lo pensé mucho. Tomé el puñal largo con el que hago la matanza y me fui derecho a casa del administrador.

Mi padre vio adónde y con qué iba. No dijo una palabra.

El administrador estaba muy acomodado en su elegante comedor, tomando su almuerzo en el ambiente caldeado. Yo entré por la cocina. Sí se sorprendió un poco al verme, pero no se asustó hasta que le puse el papel junto al plato, con un manotazo que hizo brincar todo en la mesa.

Yo, de poco hablar y con el humor que llevaba, no iba para formalidades, así que ni oí el buenos días de él y la gorda de su esposa. Calientitos el par de cabrones.

Una vez que leyó el papel, alzó la vista hacia mí como diciendo ¿y, yo qué con esto?; pero, lo alcé a él con todo y silla y lo aventé a un lado (su esposa gritó); luego, con la fuerza que he sacado de las deslomadas que me puso mi padre, volteé la mesa patas arriba —la señora gritó más, entre

el rompedero de vajilla, el tiradero de comida y el aventadero de sillas— y la mesa es larga, como para doce o quince. Saqué el puñal que llevaba a la espalda, en el cinto (aullaron); con tres tajos corté una pata de la mesa, gruesa como un brazo de hombre y la arranqué. Se la entregué al administrador que seguía tirado en el suelo. —Muchas gracias —me dijo recibiénola y asintiendo con la cabeza; la señora seguía gritando; di media vuelta trabando de nuevo el puñal al cinto, sesgado por la espalda. Crucé la cocina entre inditas azoradas que se asomaban a ver qué era aquel escándalo.

Hay veces que uno siente orgullo de mi padre: al yo salir de la casa del administrador, él llegaba, con su uniforme impecable, sus zapatos lustrosos y un revólver que le alcancé a ver bajo el saco de botonadura dorada, que esta única vez llevaba abierto.

Regresamos en calma. Noté que se retrasó un paso o dos: no iba yo manchado de sangre. Se puso otra vez a mi lado.

Al llegar a nuestra casa en la estación, lacónico, me dijo: —Desmontas el armón. Salí y al final del andén, ahí estaba, sobre los rieles y es labor de cuatro. Me había preparado la huida. Sí, hay veces que uno siente orgullo de mi padre.



De los cerdos ya no me preocupé más. Nadie volvió nunca a ver nada de la epidemia que debían estar padeciendo mis animales.

Ahora el administrador y su esposa, para tomar el tren, se van en carretela a otro pueblo; es más de una hora de brecha. Será por aquello, pero a la estación no vienen.



Uno de los vaqueros de por aquí, es un hombrón, navarro, bruto que carga a una vaca levantándola por atrás y la obliga a doblar las manos. A mí me saca casi dos palmos de estatura. Sin ser parlanchín, tiene plática y a mi padre le dice almirante, bromita que él aguanta, sin decir una palabra ni mover un músculo de la cara, porque no se lo dice de burla y por la talla de orangután de quien se lo dice.

Este vaquero algo hace con el ganado, que sus reses son las más bonitas y las que dan mejor leche y mucha. Canta a gritos cuando anda en los pastizales y los peones lo obedecen sin ninguna dilación, no porque sea de mal talante, que no lo es, sino porque lo han visto arrastrar vacas y trabarlas en el semental que es un monstruo.

Pues resulta que este hombre con una mujer no tiene. Ha llenado de hijos e hijas acá y los valles cercanos. Criollas, mestizas e indias, igual le da. No hay quien le reclame. De todos sus hijos cuida, siendo más de treinta entre mujeres y hombres. Sí, se casó con una, un mujerón que de la costa se trajo, entre india y negra, grandota y complaciente, que no pone reparo alguno a que él ande regando hijos por ahí, "a condición de que a mí me cumpla y por mis hijos vea", le dice a Sebastiana, con quien se lleva muy bien.

De esta tiene nueve hijos, tres hombres de casi la misma alzada y seis mujeres que con la mezcla de sangres, resultaron de una belleza montaraz, un tanto rara, pero que fuerza a tener malos pensamientos. Cobrizas de piel, de pelo negro lustroso, altas y como su madre, duras y abundantes de carnes.

De boca grande que les estalla en la cara, son una invitación formal a burlarse de lo que enseñan los curas.

Otro defecto del navarro es que parece moro de celoso: —Pero, dígame almirante: no tendré razón en cuidar a mis niñas. —Se atreve a llamar niñas a las hembrotas bien plantadas que son sus hijas—. Conociéndome yo, y pudiendo haber otro, ya no digo igual, que Dios no yerra dos veces, sino parecido —le dice a mi padre cuando corre por el caserío alguna otra anécdota de los celos del navarro.

Se le han casado ya cinco de éstas y ha habido de todo, desde gritos hasta trompadas, entre él y su esposa, que los novios ni aparecen hasta que la mujerona saca el permiso del navarro. Claro que han sido noviazgos de chaperonía muy estricta. —Será pendejo —le dice a Sebastiana la esposa de este bestia—, ni una se le ha casado virgen... si no sabrá una las mañas.

La sexta hija se les quedó soltera, ya tiene cerca de treinta años y por acá a los veinte, son quedadas.

En esa casa son todos sencillos y abiertos. Trabajan como mulos y les gusta tanto su oficio que se les ve, así, sencillos vaqueros que son, caminar por los prados sacando pecho y pararse a ver el panorama como hacendados de abolengo.

El navarro es una estampa. Viste como en su tierra y nadie se ríe en su cara porque impone respeto y fuera del celo por las hijas, siempre va de buenas y nunca busca problemas. Se deja llegar a la estación unas tres veces por mes. Con su vozarrón saluda a Sebastiana desde la mesa: —¡Buena mujer, atienda usted a uno que sí aprecia su cocina! —dice siempre igual. Si algunos pasajeros coinciden con él y lo ven

comer se asombran: se traga cuatro o cinco platos de potaje y más de un kilo de carne, entre jamón, lomo y morcilla, con varias hogazas de pan, que él mismo lleva, todo con vino de la casa, tinto y apenas pasadero, pero del que despacha dos jarras. Ves cómo le crece el vientre y se tensa su faja roja que parece se va a reventar y cuando no parece posible que pueda comer ya nada más, con su navaja vuelve a cortar de la pierna otra loncha de serrano.

A mí me hace conversación si no hay gente. No sabe leer ni escribir pero es de mente clara y memoria asombrosa.

Junto con su pan lleva una botella de anís de la que toma dos o tres vasitos junto con su café, al final. —A mí me parece que esto es vida —dice al terminar, palmeándose el vientre, despatarrado y sonriente.

También le platica a mi padre, que con éste se sienta a la mesa, como única excepción. Yo creo que le simpatiza. El navarro come con devoción, habla, cuenta historias de su tierra y mi padre intercala algún monosílabo.

Yo, naturalmente, nunca me acerqué a las hijas de éste; no por otra cosa sino porque habiendo otras ¿a qué buscarme un problema con un amigo de la casa, que es capaz de alzar un tronco de quince metros y lanzarlo por los aires?, ¿a qué? Pero, a mí me gustaba la que quedaba, aunque fuera más alta que yo, un poco negra, otro poco india y su pizca de criolla en los ojos claros; sus carnes firmes que se cimbran bajo la falda y el justillo, la cabellera quebrada que azulea: al verla sientes que te palpitan las sienas y una punzada abajo del vientre.

La Sebastiana y la esposa del navarro, de poco tiempo acá, se secretean. Ya imagino algo.



Una tarde la mujerona esta, sentada en la cocina, ayudando a la Sebastiana a pelar chícharos, mandó por mí. Era un día especialmente frío. —Contigo quería hablar —me dijo mostrando al sonreír su dentadura perfecta y grande como fichas de dominó—: Ya casé a cinco hijas y Dios sabe que fue difícil, porque el animal de mi marido ya ves como es. Entre mis hijos, que no son mancos y nosotras siete, como se ha podido, pero lo hemos metido en varas. —Yo dejé de sentir el friazo que hacía. Me envaré, con una vergüenza enorme porque todo pude esperar, menos que esta mujer me propusiera matrimonio con su hija quedada—. No debiera decírtelo pero, con las primeras dos, no hubo más remedio que se embarazaran primero, ¿me entiendes?

Yo estaba a punto de largarme, pero la Sebastiana, que me conoce, sin alzar la mirada dijo: —Tú, quieto cabrón. —Y me quedé. —Así las cosas, con las otras tres bastó con un par de buenos pleitos y sanseacabó; pero esta hija mía soltera, tiene un problema... —Y ahí paró; yo, por un lado intrigado y por el otro con ganas de esfumarme. La Sebastiana le dijo al mujerón: —Anímate, parece malo como su padre, pero no es; anímate. —Ya la curiosidad me hizo olvidar la pena y la huida. —Pues —dejó de pelar chícharos, me miró fijo, muy seria—, a ésta el que le ha gustado, de siempre, eres tú. Y me consta que para ti se ha guardado. Ya con sus años, ni casada ni cogida y a mí me da mucha tristeza mi niña. —Se le desparramaron unos lagrimones enormes, en proporción a ella. Inmóviles los tres—. Lo que te digo es que si no te vas a burlar de ella, te le acerques un poco, ya verás que he sabido hacer buenas mujeres de todas ellas; pero, si nada

más vas a divertirte y dejármela triste yo misma te arranco la verija. —Me veía severa, pero con calidez. Sebastiana, no. Ella estaba como enojada; me dijo: —Esta niña ya sufrió lo suyo enterándose de todo el empiernadero en que has andado; así que, ya lo sabes, si vas en serio, vale, si no, yo la ayudo a dejarte capón. —Soy de poco hablar y en esas, menos. Me levanté despacio, fui hasta la puerta que da para afuera, la mujerona me dijo: —Nadie te pide que te cases, eso ya se vería. —Agradecí la bocanada de aire helado que me recibió al salir.

Desde ese entonces a la moza la veo diferente, siento un calorcillo en el pecho; ella, claro se ve, no sabe nada de lo que me dijo su madre y es la de siempre. A su padre también empecé a verlo diferente; ahora, no me da pena reconocer que se me enchinaba la espalda de miedo: no fuera su esposa a insinuarle algo.



Volvió a venir el que ahorcó a su novia, hace ya tanto. Mejor dicho, al que su padre se la mató junto con su hijo. Pasó aquí la noche. En el caserío ni se enteraron. Llegó a media tarde y se fue temprano.

Viste un traje que le queda grande, lustroso y viejo. Lleva corbata y se ve ridículo con el cuello y los puños luidos y más bien sucios.

Vende bonetería de pueblo en pueblo. —Voy tirando —explicó con su mirar ya no tan apagado. Ha perdido mucho pelo y el que le sobra lo tiene canoso, pero en general está mejor. Habla muy despacio.

Nunca encontró a su familia. —Dios sabe más —me dijo alzando un poco las cejas. Se casó. La Sebastiana lloró de gusto viendo la foto de la esposa y un niño gordito, su hijo. —Ella atendía en una pensión en que viví unos días —explicó el romance—, cuando la conocí estaba casi para nacer el niño. —Puso su uña un poco sucia encima de la fotografía—. ¿Saben? yo no la he podido embarazar, pero con éste me basta. —Y regresó el dedo a la foto. Por la voz parece contento—. Sigue de sirvienta y vamos tirando. —Él arrastra los pies al caminar, antes no.

Nos enseñó su muestrario, que trae en un maletín de cuero muy gastado, cartoncitos con botones e hilos, manojos de cremalleras, de todos colores y tamaños. —Se vende bien, no crean.

No le cobré. —Ven con tu mujer y tu hijo, quédate una temporada por acá —propuso la imprudente de Sebastiana, al otro día, al despedirlo. —No, mejor que no —le contestó recibiendo un paquetón de comida que la gorda le había preparado—, ésta no es mi ruta; quise venir a verlos y que vean que soy gente de bien. Aquello está olvidado.

Sí, es gente de bien, pero nos jodió el ánimo varios días.



Ya hice la matanza. Todo marcha. El semental sigue trabajando bien a las cerdas. Todo marcha. El año próximo no menos de 24 cerdos estarán listos. Ahora me alegro de todo lo que pasó con el administrador.



El cura sigue viniendo los domingos. Yo no voy a misa desde lo del administrador, por no verlo y porque iba por costumbre, no por interés. Mi padre sí y Sebastiana con él. Se van haciendo viejos.

El cura, que tampoco es ya el jovencito de antes, no es que haya hecho amistad con nosotros, pero sí algo de confianza; quiere saber porque no voy al oficio; ni le contesto. Él es amable, no insiste.

Hace tiempo andan en el caserío con el chisme de que el cura le hace hijos a la ama de llaves de su parroquia, en un pueblo de por aquí. Yo creo que lo dicen de éste porque lo ven en edad y no lo decían del otro —del que se murió— por viejo, siendo que en el puerto todos saben quién fue su mujer y lenguas sueltas que son, a sus hijos así les dicen: “los hijos del cura”.

Yo, a éste, me parece que lo calumnian. Lo veo formal y que se toma muy en serio la sotana.

Lo supo. Un domingo en el sermón, contra su natural, se le veía cabreado. Me estuvo contando Sebastiana que los invitó a todos a su parroquia para que vieran que su ama de llaves es señora mayor y casada; y dijo que de los sacerdotes no se murmura, que para eso está el señor Obispo, para que a él le diga todo la gente y se pueda averiguar y poner remedio. Tiene razón, pero ¿a quién le importa?; aquí se murmura y se folla, después de trabajar no hay más que hacer, aunque hay quienes se emborrachan, pero el clima no es muy propicio; aquí la gente murmura y folla.



Fui al puerto. Malas noticias: mi cuñado va a cerrar la tienda. Le abrieron a pocas calles un nuevo tipo de abarrote, estilo americano, dice. Ahora, casi no vende. No entiende cómo dan esos precios. Piensa que venden perdiendo para quebrar a los demás. Siempre ha sido mal pensado. El caso es que a pesar de que pierde, lo siguen acosando del Ayuntamiento y de una oficina federal recaudadora de impuestos. Su contador no puede hacer gran cosa: que aunque pierda debe pagar una cuota fija al gobierno y, aparte, otros impuestos por los empleados, que son dos indias que medio atienden, medio limpian y algo le roban. Mejor va a cerrar. Mi hermana está con los pelos de punta. Van a hacer la lucha otro poco, sin las indias y trabajando mi hermana y la otra mujer de mi cuñado.

Otra cosa: su hijo mayor, de los que le hizo el marido, no de los del agente de ventas que están casados y viven aparte, embarazó a la novia. Él tiene diecinueve años y ella quince; la vi, es una costeña que exuda cachondería y para mí, que sí quiere a mi sobrino y al niño que viene. A él, a mi sobrino, el papá de la embarazada le fue a gritotear a la puerta de la tienda y se la dejó, a la niña, toda cintareada y con la boca reventada, pero se la dejó; a él no le alzó la mano. La chamaca se quedó feliz. Mi hermana no dijo nada, su esposo tampoco. Los pusieron a dormir en la tienda, pues no había recámara para ellos solos y a decir de mi hermana toda la noche están en lo mismo, y los otros hijos protestan porque no los dejan dormir.

Mi hermana, quién sabe a quién salió, como nosotros no es; mejor; ve todo esto sencillo y vive a su gusto.

Le conté a mi hermana de la hija del navarro. —Cásate, cástate ya, que después ni vas a poder. —Me lo dice a la buena. Me quiere. Hasta me hace sentir mal, porque dentro de mí sé que siempre preferí a mi hermana la chica. —¿Y, su padre? —le dije en tono de chanza, pero en serio—, ese me arranca la cabeza con una mano. —Mi hermana se rió y luego se puso pensativa: —¿Es el vaquero, verdad, el que se comía un jamón entero él solo?... si no vas a violarle a la hija... que yo recuerde eran guapas. —Lo son —comenté. —Entonces, nada, cástate y ya.

Regresé en la corrida de las once de la noche. Nosotros no pagamos billete; yo prefiero siempre ir con el maquinista, el que sea. Esta vez fui en el vagón. Mal van las cosas para mi cuñado. Mal, mal. Son muchos ¿qué van a hacer?



Entonces, con la que me entendía, era con la india aquella que me llevaba los recados de la hija del administrador. Ya tiene dos hijos de sólo ella sabe quién. Su patrona la ha reñido un poco, pero nada más. Me dijo que el administrador, a veces, quiere meterse en su catre y a veces también lo deja. Desde que lo supe ya no la veo. Hago mal, porque es muy dueña de hacer con otro lo que conmigo, pero de todas formas yo al administrador le guardo rencor.

Chiquita, graciosa y sin pelos en la lengua, me lo reclamó: —Oye, a mí, con que me montes de vez en cuando. —Pero no, y de un tiempo acá me da algo como tristeza esta vida que llevo. Gracias a la primera mujer que conocí no me he

llenado de hijos pero, fuera de eso, en lo de faldas todo lo he hecho mal; no porque siga creyendo en las salvajadas de terror que me infundió de chamaco el cura viejo —que igual y son ciertas, qué va uno a saber— sino porque, a una que otra sé que la hice sufrir. Y, con lo que me dolía de niño ver llorando a Sebastiana.

A lo mejor, de veras, debo acercarme a la hija del navarro. Para algo serio. Ya se verá.



Quién sabe por qué será pero con este frío y la humedad, debiera nevar; pero no. Lo que caen son heladas. En invierno sales al andén y te encuentras barritas de hielo colgando de la marquesina; si dejaste algún trapo afuera, lo recoges tieso como charola; lagos y riachuelos se congelan y todas las mañanas de invierno oyes a los vaqueros batallar, rompiendo hielo, para dar agua a las bestias.

Un enero de hace ya muchos años, tendría yo unos catorce, amaneció muerto un indio, de los que se quedan en el andén a dormir bajo su frazada, que les amanece dura de hielo. Por telégrafo avisó mi padre y por telégrafo le dijeron que hiciera como mejor le viniera en gana. Lo tuvimos diez días tirado atrás de la estación, entre los árboles, hecho piedra donde empieza el pinar. El cura viejo fue a rezarle un poco y a bendecirlo, el domingo que le dijo Sebastiana lo que teníamos ahí. Mis hermanas no salían a ese lado de la casa ni por error.

Nadie fue a preguntar ni a reclamarlo y como nadie iba a pagarle una tumba, lo pusimos en una plataforma del

aserradero, amarrado sobre los troncos, y el tren se lo llevó al puerto con una notita que decía: "Desconocido", y el lugar y fecha de muerte.

Se veía ridículo; patético y ridículo; ahí arriba, acurrucado con la forma en que se congeló: escuadrado abajo y a un lado, pero duro, todo envuelto en el cobertor congelado.

Esa misma noche nos lo devolvieron. El maquinista iba hecho una furia. —Del ayuntamiento del puerto me mandaron al carajo; que si tanto me preocupaba, que yo lo llevara al cementerio, a la fosa común; que ahí me prestaban pico y pala. Y, yo, ni tengo ganas de andar paseando un cadáver por el pueblo, ni tiempo; ¿o retrasamos todo el itinerario de la compañía para hacerle funerales a este infeliz? —Y nos lo botó en el andén, desde el techo del cabús, entre las miradas de horror del pasaje, pues, con el calor del puerto, el cadáver se dobló, ahora hace un arco raro y al regreso, volvió a congelarse y quedó asomándose un poco por sobre la frazada de hielo. Mi padre, sin inmutarse, ahí lo dejó hasta que se fue el tren. De esa corrida nadie comió ni una miga.

El cementerio más cercano, donde llevaron a la moza ahorcada, donde está mi madre, dista como una hora de brecha en mula o en carretela, en tren es menos. Allá no hay fosa común; en los lugares chicos todos los muertos tienen dueño.

Quedamos solos los tres en el andén, mi padre, el difunto y yo, en silencio, como siempre.

Yo, al cadáver le había perdido el miedo y hasta el respeto. —¿Lo quemamos? —pregunté con ganas de acabar con el asunto y meterme a la cocina. Era una noche de mucho frío



y corría el viento. —No. Apesta y tarda —me respondió, cosa no muy común. —¿Y, si lo llevamos a la Bufa, en el armón, y lo botamos? —sugerí ya animado: parecía que conversábamos. —No hables sin pensar —me taponó la boca.

Lo llevamos atrás, afuera de la cocina. No pesaba nada.

Sebastiana estaba rezando rosarios, casi a gritos, con mis hermanas, que esa noche hicieron que durmiera con ellas. A la mañana, todos veíamos a mi padre casi con rencor: creímos que lo iba a enterrar ahí. Pero, no, y qué bueno: no era cosa de vivir con un cadáver frente a la cocina de tu casa. Unos días estuvo ahí.

Una noche de esas en las que puedes dormir de un tirón, sin trenes que atender, ya tarde, como a las diez, mi padre me despertó. Salimos; él solo lo cargó, fuerte como toro ni se le notaba el esfuerzo. Llevaba la ropa que usaba para matar cerdos. Yo cargué lo que me dijo: un pico, dos palas, de los de la compañía, y un balde de agua! Sin luz alguna lo seguí entre la niebla hasta el cementerio, caminamos como dos horas y media con algunos descansos, en absoluto silencio. Mi padre no era tonto, de ninguna manera; en una tumba ya ocupada, cavó con calma. El frío era una grosería y yo ahí, parado, viéndolo entre la bruma. Cuando ya había roto la capa congelada y más dura, me metí a ayudarlo con la pala. Llegamos al ataúd, con Dios y sin ayuda paramos el cajón dentro del agujero y seguimos excavando. Ahí dentro estaba tibio. Metimos al indito, tieso e indiferente.

La tierra que sobró la repartió él personalmente, con mucho cuidado y después de quebrar la costra de hielo del balde, roció agua con la mano para que al amanecer no se

viera distinto a lo demás. Cada paso de salida, lo barrió con la pala y le roció agua. Tomamos vereda. En hora y media llegamos a la estación: ese frío te obliga a mantener el paso.

—Si abres la boca te las ves conmigo; nada, a nadie, nunca —dijo, viéndome lavar pico y palas en la cocina. Y se fue a dormir un rato; ya amanecía.

Yo no me quité en una semana la enfriada de esa noche. Sebastiana anduvo con un rosario al cuello muchos días; yo con catarro.

Mis hermanas, al no ver el bulto ya familiar del muerto, me miraban queriendo saber. Yo me acordaba de lo que era mi padre azotando y me callaba. Después se nos olvidó.

Será por los trabajos que pasamos o por decencia pero a partir de esto, en invierno, si llega al andén a dormir algún indio no lo dejamos ahí. Desde esa vez mi padre ordenaba, viéndome y señalando al bulto que estuviera ahí: “A con los cerdos”; y lo agradecían, te veían dando gracias, acurrucándose calentitos en el sotanillo, entre los puercos, que no se molestaban.

Hace poco, a cuento de no sé qué, se lo conté a mi hermana mayor. —Pues, si algún día sacan a ese muerto, se van a zurrar al encontrar a otro, ahí abajo, envuelto en su cobijita. —Y, sí, nos dio risa. Mi cuñado se enojó: —Carajo, no se puede ser tan miserable, ¿cuánto puede costar un lote en ese cementerio de mierda? —yo comprendo, él es casi indio puro y no tan mestizo como se cree; a él le duele más. Tiene razón. No se puede ser tan miserable.

Por mi cuñado recapacité que también está mal eso de meter a los jodidos en el sotanillo con los cerdos, que es un hedor

del demonio y un mierdero, aunque lavo a baldes todas las semanas. Ahora los meto al comedor y con algunos no fue fácil, pues creían que les ibas a cobrar. En la mañana ventilas un poco y no pasa nada, se va el olorillo rancio de gente dormida.



Salió peor la cosa: entre el ayuntamiento, la oficina federal que recauda impuestos y el contador, les embargaron la casa que tenía la tienda al frente.

Ahora mi hermana está de arrimada en la casa de tablas y palma de la otra; menos mal que son amigas.

Mi cuñado no le dejó hueso sano al contador y se lo llevaron tres días a la cárcel del puerto, por riña. Lo dejaron salir porque lo conocen hasta los perros y están de acuerdo, hasta los perros, con la paliza que le puso al contador.

Igual se quedaron en la calle.

Los fui a ver y les di un poco de dinero; la piara va bien y aparté para alimentarla. Entre mi cuñado y yo quisimos convencer a mi hermana de ir una temporada a vivir en la estación. —De puta me meto, pero el viejo no me ve poner un pie en su casa —nos contestó. Siempre amenaza con eso de irse de puta pero ahora, ya gordezuela, da risa oírla. De joven no daba risa: era muy capaz.

Mi cuñado vende ahora en la calle, lo que sea: un día dulces, otro fruta, otro contrabando, que al puerto llega mucho. Lo están ayudando los hijos. Yo reconozco que soy incapaz de hacer así, pero a éste nada le da pena. Es buen hombre, mi hermana y la otra por algo lo quieren.

A los hijos chicos los mandan a vender gelatinas, que la gente compra más por simpatía, que por refrescarse. Así son en el puerto. Dice mi hermana que buena parte se la comen ellos mismos con los amiguitos. Le da risa.

Así, entre peces que sacan de un estero, nomás echando un hilo con anzuelo, y lo que van ganando, no sufren hambres pero están ahora sí, muy pobres. Para ropa no hay; ni pensar en zapatos.

A mi cuñado le alcanza para parrandear de vez en cuando, pero poco, se ve que le duele ver tan mal a su gente. No es mal hombre.



Ya llegó carta de mi hermana menor. Mi padre, como siempre, me dio el sobre sin decir nada. Nos manda una fotografía de ella en el nuevo convento. Casi no se le ve. Es una figura de tela sin forma de mujer, con un ovalito, su cara, que sonrío. La foto es a color; que se la tomaron sus hermanas, las otras monjas. Que está muy contenta y que hace calor como en el puerto de acá.

Yo, la verdad, ahora sí le creo. Lástima que no la mandaron ahí desde el principio.

Al final, pide le digamos a mi padre que le manda cariños y que ya no envíe dinero: que ya terminó de pagar la dote, le dijo la nueva Superiora. ¡Coño! ¿Y, quién se iba a imaginar esto? Jamás pensé que les cobrarán por irse de monjas. ¿Y, mi padre, por qué no dice nada nunca?

Ahora sí le di el recado. No contestó ni bueno ni malo. Me oyó.

Sebastiana, para no variar, entiende la cosa de otro modo. Yo vi en eso una cosa buena de mi padre y más por callarlo, ella no. Tronó en sus barbas: —Eres capaz de pagar, pero que la niña no se casara con quien le daba la gana. —También tiene razón. Mi hermana mayor, al leer la carta, otra vez dijo casi lo mismo que Sebastiana. Mi cuñado, al oírla comentó con gracia y sabiduría: —Chinga ser marido y rechinga ser padre; que los hijos somos jueces sin apelación. —Coincide conmigo en que al menos en esto, mi padre hizo bien y mejor en callarlo.

Por cierto, el mozo que pretendía a mi hermana, por el que de alguna manera acabó de monja, se casó con una del caserío; tuvo tres hijos con ella y otro por ahí con una india; hace poco murió en el aserradero, decapitado por una sierra de banda que se soltó. No se lo escribí a mi hermana, ni lo uno ni lo otro, no tiene caso. Pero, ahora sería viuda. Sigo creyendo que hubiera estado mejor, igual ya no tiene remedio.

A fin de cuentas, tal vez tenga razón Sebastiana, que dice está bien que alguien de nosotros ande cerca de Dios.



La gente, de un modo u otro, hace cosas que te van sorprendiendo. En la radio y los periódicos te enteras casi siempre de las animaladas que ocurren; aquí te llevas alguna sorpresa de vez en cuando.

Hay un viejo, menudo, calvo como fraile, pero con la barba muy crecida. Se le nota la pobreza y que de cuna no era jodido, ahora sí. Es profesor, creo que de idiomas. Muy limpio, siempre con la misma ropa.

Llega por aquí unas cinco veces al año. Paga contando con mucho cuidado, siempre monedas; viaja de noche, como los muy pobres. Toma sólo un café y come lo que él mismo trae, cualquier cosa, pan.

Carga una maletita de cartón. El primero en bajar del vagón helado y el último en volver. Se cuida mucho del frío. Lo bueno es que el tren, en cruzar la serranía tarda sólo seis o siete horas, según vaya o venga de la capital, porque desde el puerto viene subiendo.

Acaba de estar aquí. Desde que entró, noté que venía mal: sudoroso, tosijoso.

Tipo raro, para toser se pone el pañuelo en la boca.

La estación es tristona y de noche más, porque nadie habla. Bajan, entran al baño, piden algo de beber "muy caliente" y matan en silencio, ateridos y adormilados, los minutos de la parada.

El viejito se tomó su café. Tosía, sudaba, temblaba. Me pagó.

—Yo, mejor me acostaba; le llevo una tisana y suda caliente —le dije recibiendo las monedas. No podía seguir el viaje. Ya de día, con menos frío, sería otra cosa. Me miró con ojos acuosos, de enfermo agradecido, y con sorpresa porque en todos estos años nunca nos habíamos hablado. —¿El boleto del tren, lo pierdo? —Pregunta de pobre. —No, mi padre le sella el billete para el tramo que resta —le respondí. Ya la gente abordaba. —¿Y, la noche, qué cuesta? —tiritaba al hablar. —Le alcanza; le alcanza. —Y le tomé la maleta. Me siguió con docilidad. Lo puse en el cuarto de abajo que se caldea un poco por la chimenea del comedor, tabique de por medio.

La Sebastiana, que para estas cosas se porta bien, fue a pasar el cenicero entre las sábanas y llevó cobertor extra. Eso y una tisana de naranjo con miel le iban a ayudar. —Gracias, gracias —decía, sentado en la silla de palo que tienen los cuartos. Yo le puse carbones encendidos al calentador de su recámara; frío, no iba a pasar. La gorda le llevó aspirinas.

Me quedé limpiando mesas. El viejito, con un cobertor encima se apareció por ahí. —¿Su baño? —preguntó. Era increíble pero llevaba un cepillo de dientes en la mano; luego comprendí que era una excusa para no decirme que le urgía mear. Se había puesto una pijama y una bata que se deshacían de viejas, pero muy limpias. Calzaba pantuflas. Costumbres de rico.

Buena parte de la noche lo oí toser en su cuarto. Luego ya no. La tisana con miel le había servido de algo; eso y estar arropado en caliente.

A la mañana, lo dejé dormido aunque perdió el tren de las ocho. Había otro a las doce.

Sebastiana me dio un tarro enorme con otra infusión. —Ve a despertarlo —me dijo con naturalidad. Serían las once y cuarto. —Le sirvió el descanso —comentamos.

Estaba muerto.

Lo cuento porque la gente hace cosas sorprendentes: lo encontré vestido, derecho, tendido sobre la cama y con un sobre junto al cuerpo. Su maletita cerrada, sobre la silla, con todo empacado. Sobre ella un poco de dinero y el billete del tren.

En la carta que dejó a su lado, nos decía que lamentaba las molestias y puso las señas de una hija suya que vive en la

capital: nombre, dirección y teléfono. Ponía también que dejaba sobre la maleta lo que tenía de dinero y el boleto del tren. Que nos cobráramos lo que debía y que si no alcanzaba, pidiéramos a su hija que fuera tan amable de cubrir la diferencia. Había otra nota, dirigida a su hija: "Hijita: avisa a tus hermanos y que recen por mí; me apena no dejarles nada. No olvides que está pagada la tumba, junto a tu mamá; los papeles están en la maleta, en la carpeta verde. Besos". Y, firmaba: "Papá".

Mi padre se encargó de avisar por teléfono. Ni se asomó a verlo. Yo, del dinero, no tomé nada. Me pareció una salvajada.

Sebastiana lloró como si fuera de su familia. A mí, su muerte no me podía doler; me sorprendió su modo de hacerlo. Hay cadáveres muy correctos. Por eso lo cuento y porque la hija lo fue a recoger hasta dos días después; iba con su esposo. No se veían jodidos, al contrario. Gente cabrona; no preguntaron cómo murió, ni nada; llevaban cara seria, más que triste; los acompañaba un empleadillo de gobierno que levantó un acta.

Se lo llevaron en un ataúd barato comprado en el pueblo anterior, de donde trajeron al que hizo el papeleo.

Por el maquinista supimos que lo dejaron donde compraron el cajón sin quedarse a enterrarlo, en el pueblito vecino rumbo a la capital. Menos mal, él ya ni se enteró. De cualquier modo, murió con toda corrección apenado por dar molestias.



La prensa a veces es mejor no leerla. Resulta que tantos años después, en un pueblo del norte, muy lejos de aquí, casi



fuera del país, metieron a la cárcel a un hombre acusado de haber asesinado a una joven embarazada de su hijo. Es el del caserío. Espero que su hijo ni se entere. La noche anterior a que lo mandaran para acá, al puerto para iniciarle juicio, se colgó en su celda. Se lo leí a Sebastiana, mi padre oyó, porque ya comemos junto. Ella, blandiendo un cucharón, sentenció: —Bien empleado lo tiene, por ojete. —Mi padre dejó de comer y salió de la cocina. La gorda y yo nos vimos en silencio.



Mi cuñado vino a visitarme. Es la primera vez que ve a mi padre; no se saludaron, no se conocen; no los presenté.

Vino a proponerme que me asocie con él para vender jamones, tocinetas y lomos de serrano, los míos, como si fueran de España. En una libretita trae anotados los precios en que se venden estas cosas cuando son importadas. —Yo lo voy a ofrecer más barato, diciendo que es contrabando. —Es ingenioso, ha mandado hacer etiquetas y bolsas de manta de cielo, en las que está impreso el origen del producto—. Tú dame todo, yo le pongo las bolsitas de tela, la etiqueta, y lo vendo. Mitad y mitad —me ofreció. No lo pensé mucho. —Paga mi precio y haz como te venga en gana; de lo otro no quiero saber —le dije por instinto de que la cosa podía salir mal. Va a venderlo en el puerto, cada vez que llegue barco de España, que es casi todo el tiempo.

Conservé sólo lo que usamos aquí. Que me paga pronto, dijo.



Dios existe. A los pocos días llegó de la capital un inspector de la oficina federal que recauda impuestos. Lo poco que vio de carne hizo creíble que no vendo, que produzco para el consumo propio de la casa. Fue a ver la piara; el tipo no tiene idea de nada de esto. A mi padre le pidió los comprobantes de que paga contribuciones por el comedor y la renta de cuartos. Para sorpresa mía los tiene y en orden. Paga una cuota fija. Dios existe: nos salvamos de otra merma que hubiera hecho más difícil vivir.

Una vez que se fue le pregunté a mi padre, ahí en el andén, viendo alejarse en la bruma la mancha del cabús y sus dos linternas: —¿El administrador otra vez? —Él, que en estas cosas se comporta, me respondió: —No. Son sanguijuelas con vida propia.

Una vida después veo que tenía razón.



La hija del administrador vino de la capital, de visita, sola, elegante; se nota que el marido gasta en ella. Al llegar, pasó de largo frente a mí.

Tres días después regresó a la capital. La tarde anterior se hizo la encontradiza: —¿Cómo te van las cosas? —preguntó con voz normal, de vieja amiga. —Igual, igual —le contesté, sin agregar más. Viéndola con calma parece rejuvenecida; ahora se maquilla, o algo se hace, pero la cara se le ve más joven. Los ojos no, esos los tiene tristes. —¿Tus hijos? —le dije más

por no dejar vacía la conversación que por otra cosa. —¿Mis hijos? Los dos grandes estudian fuera, en París, los chicos están conmigo; se van el año próximo. —Quedamos callados otra vez. Empezamos a caminar rumbo a su casa, despacio. Yo quería terminar pronto con aquel desencuentro. —Ya no te guardo rencor —me dijo tomándome del brazo. Las dos cosas me sorprendieron. —Nos van a ver —le advertí. —¿No me oíste? —insistió, parecía no importarle el chisme que iba a hacerse. —¿Rencor, de qué, de lo de la última vez que nos vimos? —Yo seguía apenado por haberla magreado para humillarla. —No —y sonrió. —Era lo menos que podías hacer, por dignidad, digo. —Me sorprende, pero la lógica femenina es distinta, que la mía cuando menos. —No: ya no te guardo rencor de que me hayas mandado a la chingada. La sirvienta se burló de mí al darme el recado. Me ofendiste mucho. —Ahora se apoyó en mi brazo con las dos manos. —Ah. —Fue toda mi respuesta. —Hasta aquí llegamos —me dijo ya en la entrada del jardín de casa de sus padres. —Sí; mejor. —Me miró fijo a los ojos. —No me toca nunca —confesó y casi se le quebró la voz. —Tendrás amante —le espeté en voz baja, pero rudo. —No. Él va a heredar todo esto. —Me dejó alelado—. Y vale la pena pensar en el futuro de mis hijos. Yo no sabía que su marido sería el siguiente dueño de la comarca. —¿Para qué se casó? —me atreví a decir, sin pensar que a mí, ni me fu, ni me fa. —Tú no entiendes, pero su familia... la sociedad. Soy una fachada —me explicó cansada. Estaba mal, me dio pena. —¿Y, siquiera estás segura que va a heredar a tus hijos? —volví a meterme en lo que no me debía importar. —Es el único hijo varón; está todo escrito —me explicó. —¿Te casaste por

eso? —pregunté sorprendido de que a mí me interesara. —Un poco sí; pero no sabía lo otro. Tiene un secretario, con el que va a todas partes. Duermen juntos. —Otro largo silencio—. Sus padres, lo saben y por lo mismo, me adoran; pero está muy claro, sin decirlo, que si doy escándalo, no hay herencia.

—Adiós —me soltó. —Adiós —me despedí.

Ya unos pasos dentro del jardín, giró y viéndome me dijo: —Lo de la pata del comedor, ¿es cierto? —Sí —sentí que enrojecía. —Qué bueno —agregó con tono maligno—, alguna vez no iba a salirse con la suya. —La última sorpresa me la di a mí mismo: le dije que ella tenía razón. —¿En qué? —me preguntó alzando una ceja. —En que estaba yo pendejo con eso de que nos casáramos. —Sonrió franca. —Te lo dije para hacerte enojar. Y aunque no lo parezca, estoy arrepentida.

No regresó por aquí. Ya viejo supe que era viuda, vieja ella también, con todo esto expropiado por el gobierno y repartido entre los del caserío, que los hicieron ejidatarios y acabó deshecho. Tanto para nada; tan poco para todo lo que pasó esta mujer.



Mi cuñado regresó. Está feliz. Vendió todo en un abrir y cerrar de ojos. Se desplomó al saber cuánto tiempo falta para tener más que ahumar o salar. —Era muy bueno para ser cierto —murmuró despidiéndose, ya en el vagón. Le dije que consiga piernas y le hago jamón serrano; a él, sí. Me pagó un poco más de lo que habíamos quedado. Buen hombre.



Llegó carta de mi hermana. Se nota a la legua, que está mucho mejor que antes. Yo he llegado a entender su estado de ánimo más por la letra que por lo que dice. Una temporada larga, desde el otro convento, llegaban sus cartas con letra diminuta, dibujada y hermosa, pero apenas rozando el papel, que parecía que si soplabas saldrían palabras por los aires. Ahora, de trazos firmes, le creo que está contenta. La gran noticia, esta vez, es que la han puesto a dar clases en una escuelita que tienen. Que le gusta estar con niños y trata con las madres de ellos. Sí, está feliz. Ahora sí.



Del pueblo llegó el rumor de que el gobierno está haciendo una carretera que va a llegar hasta la capital; acá no, por pocos que somos y porque llegar aquí es perder el tiempo, es arribar a ninguna parte; además: el ferrocarril, viejo y todo, nos comunica. —¿Crees que deje de pasar gente por aquí? —le pregunté a mi padre que, siendo este tipo de cosas, sí responde. —No, los pobres van a seguir usando el tren; es más barato. —Bueno —descansé; él sabe.

Después de mucho nos enteramos que en el pueblo estaba la gente que echaba lumbre: la carretera pasaría por encima del cementerio que está a las afueras. Mi padre y yo nos miramos en silencio. A lo mejor aparece nuestro indito... ¡Bah!, ni quién se acuerde.



Era una mañana de esas en las que el sol rompe la bruma, día bonito, casi templado; como siempre, llegan hasta nosotros los gritos de los vaqueros y el repicar de cencerros, pero así, con algo de sol, suena todo diferente, alegre.

Ver llegar al navarro y notarlo raro, la misma cosa. Supe a qué venía antes de que abriera la boca. ¡Ay, Sebastiana!

Viene con su esposa, casi de su tamaño, frondosa y con cara entre seria y contenta. Sebastiana me ha tenido entretenido pidiéndome favores tontos que no me han dejado salir un minuto y bien sabe ella lo que me gusta, en estos días, ir a los pastizales o a cortar leña, falte o no. Sentándose ellos en el comedor, la gorda me murmuró: —Ahora sí, pega la carrera y este bruto se va a imaginar otra cosa... cuidadito. —Y tenía razón, si me desaparecía, el navarro iba a pensar que ya nos entendíamos su hija y yo. Así que, nada, a aguantar la parada. Por lo pronto: a la cocina.

Mi padre se fue a sentar con ellos porque lo invitaron a tomar una copa de un brandy que llevaban y porque parece que le cae bien el navarro. Yo, mirando a Sebastiana con rencor, le susurré, reclamando: —Esto no lo paso, ¡grandísima cabrona! —Pero ella fue a llevar vasitos —cuatro— a la mesa, ¿pensaría sentarse con ellos? Regresó hecha unas pascuas: —Que vayas; que el asunto es contigo; —bufé, decidido a mandar al carajo al navarro y a la enredadora de su esposa. Sebastiana, mirándome dijo: —Mira: tú, que te has metido con todo lo que tiene faldas... dime la verdad: ¿no te gusta ella? —Lo que más me cabreó fue el tono comprensivo

de la gorda—. Además, estás solo y tu padre y yo cada vez más viejos...

La voz del navarro atronó en la cocina: —Venga, chico, que aquí se te espera.

Ya con ellos resultó que el hombretón ese iba emocionado porque su mujer lo tenía convencido de que yo, por su hija, me derretía de amor. Que por respeto a él no había intentado nada. —Aquí, delante de tu padre, te digo: bien, chico, bien; así se hacen las cosas. Con respeto. Y cuentan con mi permiso para ponerse de novios —alzó su copa y felicitó a mi padre: —Que ha sabido educar a sus hijos.

Agradecí la mudez casi absoluta de mi padre que me veía pensando sin duda, que soy un imbécil; y lo soy, pero cualquier día le iba yo a decir al navarro que lo engañaban; seguro me troncha, ahí mismo, como quien parte un palillo de dientes.

Me puse de novio. Sus hermanas, que de dos en dos nos chaperonean, se creen el cuento de que yo me muero por su hermana; lo peor es que ella también. A mí me gustaba, porque es un tronco de mujer, pero nada más.

Mi padre no dijo nada, ni entonces ni después. Entendía la trama y esperaba a ver en qué paraba la cosa. Creo que casi le resulta divertido verme en este brete.

Antes de un mes, la moza me dijo bajito, con sus hermanas caminando tras nuestro a menos de cinco pasos: —No te preocupes; le diré a papá que no me gustas. Ya no vayas por casa. —Las lágrimas, listas. Y es que yo ni la mano le tocaba, decidido a que aquello no prosperara, por capricho de que no me llevara la vida la Sebastiana y porque me conozco, y para novio santo no sirvo. Por lo mismo la visitaba nomás

una vez por semana. —No. Sí me gustas, vamos a verlo —le dije sin esperarlo de mí.

Su casa era como ellos: tosca pero agradable, de muros muy gruesos de lajas de piedra, entretejidas sin argamasa y techo de troncos sin labrar; espaciosa, hecha por él mismo. Impresionaba en su rústica sencillez; su basta fábrica irradiaba un ambiente de paz, habitada por esa gente cuya divisa era la sencillez.

—¿Me cree capaz de una canallada? —le dije al navarro; por fuera yo era la imagen viva de la decisión y el coraje, por dentro me sentía recargado en la mesa de la cocina de mi casa con el culo al aire a punto de mearme de miedo. —¿A qué viene eso, chico? —se sorprendió el hombrón. —A que tengo casi cuarenta años y su hija cerca de treinta. —Ahí me paré porque, ya con aquél frente a mí y viendo tan de cerca sus manos, uno se ponía precavido, faltaba más. —Pues, sigo sin entender —me palmeó un brazo, lo que lejos de tranquilizarme me hizo ver aún más claro que estaba junto a un meteoro, no un ser humano: el ancho de la palma de su mano era poco más de medio antebrazo mío. Se sentó a la mesa de tablas sin desbastar; lo imité.

La gente sabe que yo, de hablar poco; así que no le llamó la atención mi largo silencio. Su hija tras él, su esposa a un lado. La otras dos afuera.

—Yo, con chaperonas no salgo. —Lo dejé caer como el reo que se confiesa culpable de algo horrible.

El hombretón se repantigó en la silla, que crujió como haría mi cuello ya pronto. Su esposa, con la mirada me decía idiota y buscaba algo, con los ojos también, con que atizarle



al marido. Su hija (mi novia, pues), conocía la rutina; sin un ruido le acercó a su madre una sartén de esas de fierro colado que pesan su buen medio kilo. Ella blandió otra. En otra circunstancia, como espectador, aquello fuera cómico.

El navarro estaba inmóvil y en silencio.

—En tres meses le vengo a pedir la mano de su hija o a dejarla; pero con la fama intacta; tiene mi palabra —lo dije oyéndome a mí mismo como un eco; nunca me ha vuelto a pasar, como si fuera dos gentes al mismo tiempo: yo y el que hablaba.

El navarro se movió. Su mujer alzó la sartén, pero él recargó los codos en la mesa. Debía ser un gesto muy tranquilizador porque las dos bajaron las armas.

Se talló la boca con una mano. —Vale. A primera hora de la tarde platican sus cosas en la era —me respondió; entendí que se refería al pastizal tras su casa donde su esposa cultiva macizos de flores. Agregó—: Algún día sabrás por qué.



Tenía yo una idea bastante clara de porqué mi promesa era buena para el navarro. Hombre de tradiciones, hacía extensiva a mí, la solidez de la palabra de mi padre, que salió de España en el año 35 a “hacer la América”, repitiendo la casi siempre triste historia de tantos miles antes y después de él. El navarro sabía que dejó en el pueblo, al que nunca volvió, su palabra en prenda con la moza que después fue mi madre, por la que mandó y vino entre peripecias sin cuento, en el año 40.

Al llegar mi madre al puerto —y maldita la hora en que leí sus papeles—, llegó embarazada de mi hermana mayor. Se lo advirtió en una carta escrita a sollozos: la guerra civil, la falta de correo, la muerte próxima, lo que sea, pero ella se había casado civilmente con un republicano, combatiente convencido. Vino ella para salvar su vida, sin esperanza alguna por la de su marido, preso y condenado a morir.

Mi padre la desposó en el caserío, ante aquel cura viejo hoy muerto. Para él y para el cura no valía nada el matrimonio civil en plena guerra. Se casó sabiéndola enamorada y por parir de otro, por cumplir su palabra y por no tener remedio ya las cosas. “No era cuestión de botarla, sola en el mundo, embarazada”, le arranqué la frase, ya viejo, mucho después, preguntándole con la mirada una noche en que juntos fuimos quemando tanta historia triste. Será por eso que yo no guardo papeles.

El navarro fue testigo de todo ello, pues habían llegado juntos a estos lares.

Luego, palió la situación: nacimos mi hermana, la monja, y yo. En total estuvieron casados casi diez años. El régimen de España anuló todos los matrimonios civiles efectuados del lado republicano durante la guerra. Fue entonces con mi madre al pueblo, registró su matrimonio y como sus hijos a los tres.

Para esas alturas, a mi padre no le aparecía el hermano menor que por la leva del terror acabó guerreando del lado que perdió, a los trece años. Su padre, mi abuelo, fusilado; su madre, mi abuela, llorándolo junto con los cadáveres de otros dos hijos: uno, héroe franquista, con medallas y todo; el otro, rojo de fosa común; había uno más aparte de mi padre, por el que lloraría después y que en esos días estaba en Rusia,

en la Legión, que fue un matadero. Ese último siquiera murió por su gusto, que se fue de voluntario.

Era el último, el más pequeño, al que llevaron a la fuerza, el que no aparecía. Al paso del tiempo se supo que estaba preso de por vida, acusado de horrores.

Sebastiana, en confidencia, me ha dicho que antes había radio en casa; un aparato alemán, marca Ideal, que dejaba a mi padre enterarse, aunque a medias fuera, de lo que pasaba en España y que el día que le llegó con el correo el final que había tenido su hermano —para él un niño de menos de once años, como lo vio por última vez— lo desconectó, desmontó la antena y lo regaló al primero que por la estación pasó. Ni eso, ni periódicos, nunca más. Cuando yo puse radio le causé sin saber, un gran disgusto.

Mi padre, el resto de su vida mandando dinero al pueblo para su madre y dos hermanas, y después también para aliviar en algo la vida en prisión del hermano. La familia de mi madre no le costó un céntimo: todos muertos, asesinados, unos por republicanos, otros por franquistas, el resto por el hambre.

Ahí, en el arcón, estaban las pilas de cartas y telegramas en que podías seguir paso a paso las angustias de no saber qué era de los tuyos y las tragedias de los finales conforme se iban conociendo. Buenas noticias, pocas; pareciera que allá perdieron todos.



A la Sebastiana la contrató mi madre cuando yo era de pecho. Dice ella que en casa era todo más o menos normal cuando

ella llegó y hasta la muerte de mi madre; bueno, poco antes. Que él siempre fue ceñudo y de poco hablar; pero que ella era más bien alegre, ya tan alejada de aquella España cutre, del miedo permanente y de la violencia sin explicaciones. Dice que mi madre nunca le habló del padre de mi hermana; bueno, hasta poco antes de morir; que mi padre no sabe que ella está al tanto de todo. —Y, por Dios, me juras que no se lo dices —me exige la gorda, cuando recuerda sus indiscreciones. Pero de la muerte de mi madre, nada dice, si acaso que perdió-un-niño-y-se-desangró; sé que miente.

Hay noches en que sueño que mi madre grita.

Los viejos del caserío saben lo de mi hermana mayor, claro, pero con ninguno tuvo mi padre nunca amistad. El administrador lo sabe y aunque me reviente, jamás hizo, que se sepa, ningún comentario: criollo, con familia en medio de la pira que fue la guerra, debe comprender lo enredadas que quedan las vidas en esos trances.

Por lo que sea, pero mi hermana mayor no lo sabe y así sigue. Mejor.



Total, que ya estoy de novio, pero por mi gusto. Voy a la era, cuatro o cinco veces por semana, y a misa, los domingos, que ella me lo pidió muy en serio.

La mujerona de su madre, que es más lista que un ratón, me dijo que llevara a su hija al puerto, de paseo, que ella igual tenía que ir y así, aprovechábamos su compañía. Su marido, con semejante guardiana, no puso reparo. No supo

que su esposa, nomás llegar al puerto nos despachó: —Aquí, puntualitos a las nueve de la noche —dijo largándose muy oronda. Ahora, hacemos así el paseo con cierta frecuencia. La moza es buena compañía y respeta mi poco hablar. A mi hermana le encanta verme con ella. Estoy de acuerdo con la madre de mi novia: ha sabido educar a sus hijas como buenas mujeres; hay que verla cómo ayuda a mi hermana, como lo más normal, si comemos con ellos que son tantos, alegre sin incomodar y consentidora con los más chiquillos.

De aquello de que era virgen, guardándose para mí, eso sí resultó cuento; mejor. Cuando se lo dije a ella, la primera vez que rentamos una cabinita de tablas que yo conozco cerca del estero, soltó su risa, que suena tan bien y me dijo, natural como son ellos: —Decente sí soy; tonta no. —Y se volvió a encunar sin dejar de embestir, con la misma exaltación y diligencia que siempre lo hace. Sí le noto que de esto del fornicio mucho no sabe y eso me hace sentir como importante y hasta mayor empeño pongo en dejarla ahíta y enseñarla, que le va tomando gusto a todo. Es bonito verla tan entera, más alta que yo, es cierto, pero tan niña y tan hembra que la voltean a ver los hombres en el malecón. Es la verdad que me voy encoñando con ella, pero no hace porque yo sienta que le vendió su alma al diablo, ni que me caso o me capa. Va bien esto. La Sebastiana, para no variar, llevaba razón al conspirar con la mujerona esposa del navarro. Ya se verá, pero esto, va bien.

Sí, me puso una condición y ningún pesar me causa: sólo con ella, nada más, con ninguna más, que para eso la tenía a ella siempre que necesitara mujer, me dijo con ese modo de ella y los suyos de decir todo directo. Está bien y le soy leal con

gusto, que nunca nadie me lo había pedido, ni nunca nadie me dijo suyo.

Mi padre la ve por la casa, ahí sí acompañada por alguna hermana o su madre, y calla. Yo creo que aunque el navarro le caiga bien, según parece, no le hace muy feliz esto, por las tres sangres que tienen estas mestizas; aunque es por eso que son de ver y tener malos pensamientos forzosos; ya se sabrá si esto progresa.



Carta de mi hermana. Ya le contó la mayor que estoy de novio; yo creo que le habrá dictado la carta a mi cuñado porque ella escribe francamente mal; el caso es que la monja en esta vez sólo habla de eso, que parece que fuera ella la que está de novia. Dice que se acuerda bien de todas las hijas del navarro pero que le mande fotos.

Eso resultó de risa. Uno de los maquinistas trajo la cámara y nos tomó fotos a todos, a mi padre no, que no se dejó, pero al clan del navarro, a todos juntos, muy serios frente a su casa y luego al grupo ya comiendo, que se veían muy bien. Al final tomó fotos de mis cerdos, que yo le pedí. Y también una de ella conmigo, que la senté y me paré a su lado para disimular que me saca un palmo.

En otra carta mi hermana nos contó que en su convento se oyeron las carcajadas hasta la casa del señor Obispo, viendo las fotos de las dos familias, los navarros y mis cerdos. Es feliz, creo yo, porque se ha ido volviendo simple. Que mi novia es muy maja, que no dude en casarme.



Se me acaban los tres meses de plazo. Mi novia dice que si la quiero de veras, va la cosa, que haya boda. Yo no digo nada.

Se lo pregunté a la Sebastiana y sabe Dios el trabajo que me costó. La gorda, raro en ella, quedó callada un buen rato. —No sé; pero si vives solo te vas haciendo bestia. Más pronto que tarde vas a estar aquí, cogiéndote a la sirvienta y despachando trenes. —Terminó de picar morcilla, la echó al cazo y me enfrentó—. Además, no le pidas tanto a la vida, ten a tu lado una buena mujer, como ella, llénate de hijos. —Yo, oyéndola y pensando que tendrá mucho sentido común, pero de esto no sabe gran cosa y que le sigue doliendo lo de mi padre con ella. Sentí pena—. Fíjate, no sé por qué —continuó—, pero casi todos los hombres se mueren antes que sus mujeres; si no sabes qué hacer, piensa si te gustaría morir con ella al lado tomándote la mano.

Saltamos los dos. Mi padre, parado en la puerta de la cocina nos estaba oyendo. Dijo firme: —No. Piensa si eres capaz de matar por ella, si no, no te cases. —Y se quedó ahí, con su cara inexpresiva y severa de siempre.

Sebastiana se persignó y volvió a sus tareas. Yo los miré a los dos. Ya en la cama pensé en mi madre y que no le disgusta la moza.



Mi cuñado me dio una gran sorpresa; llegué al puerto frente a su casa, en donde viven mi hermana y la otra señora: un auto. No nuevo, pero tampoco muy viejo.

Resulta que al vender jamones míos, diciendo que son de contrabando, empezó a relacionarse con contrabandistas reales. Vende de todo. Gana bien, mejor que nunca.

Mi hermana y yo nos preocupamos. Él dice que no hay problema, que medio puerto se dedica a lo mismo y la otra mitad compra. Ya se vería que tiene razón. Ahora que es ilegal lo que hace, los sobornos que paga le salen menos caros que los impuestos, vive más tranquilo y progresa. ¡Qué país!



Justo al tercer mes hablé con el navarro. A su hija le dije la verdad: —No sé qué sea querer, pero por ti mataría. —Y es cierto. No le dije que también mataría por la morocha que antes tenía yo vista, y por mis hermanas; no tiene caso. Ella se puso muy alegre. Fijamos fecha de boda para dentro de cuatro meses. Es lo mismo, pero para el navarro era importante. Su esposa me dio un abrazo muy largo y casi me asfixia. Mandaron traer al resto de la familia y la cosa terminó en fiesta, mi primera fiesta me di cuenta después. Mi futuro suegro a fuerza de beber y beber tanto se achispó un poco. Todos reventaron de risa haciéndome bailar la jota, que yo interpreté a brinquitos. Gente buena.

El navarro insistió en acompañarme rumbo a mi casa. —Tu palabra es buena, como la de tu padre —dijo haciendo que me sintiera un poco culpable—, que por eso habla sólo lo indispensable, no como yo. —Era noche cerrada, con una niebla de esas que a tres pasos no ves nada—. Que promete mandar por la novia: manda por ella; que empeña su palabra



en que se ocupará de su familia: envía dinero toda su vida. ¿Sabías tú eso? —me preguntó. —Sí, hombre, sí —le respondí tratando de decirle con el tono que llevara la plática por otros rumbos. Entendió, no habló más. A pocos pasos de la estación se detuvo y me dio un apretón de manos: —Trátala bien y te hará feliz; es la mejor de mis hijas. —Se lo aseguré y nos despedimos. Me detuvo su voz—: Sabes aquello, pero no sabes que aquel viejo que paró con ustedes, hace ya tantos años que seguro ni te acuerdas, era el hermano de tu padre. Volteé; apenas se veía el bulto enorme de su cuerpo. —¿Por qué me lo dice? —pregunté en vez de confirmar cuál viejo, que bien sabía yo cuál: aquél al que despidió con el único abrazo que le he visto dar. —Para que si ya no puedes querer a tu padre, lo entiendas: hay quienes han sufrido mucho más de lo posible, él a la cabeza. —Echaba de ver que no suponía que yo estaba al tanto de todo. —Pierda cuidado —le dije, otra vez despidiéndome. —Es la única vez que se ha puesto borracho y llorado —agregó el navarro ya perdido en la bruma. Yo recordé que efectivamente, había abandonado la estación todo el día y que luego nos había contado la historia de aquel viejo que ahora me entero, era su hermano menor. El contento que llevaba yo por la fiesta, se me deshilachó.

Al llegar a casa, estaba por arribar un tren de la noche; di cuatro escobazos al andén; mi padre ya estaba ahí, como siempre. La farola de la locomotora ya se veía venir entre la niebla. —¿Por qué no hiciste que se quedara aquí tu hermano? —pregunté, acercándome a él con la escoba en la mano. Muy despacio me volteó a ver, haciendo, sin darse

cuenta, coincidir el giro de su cabeza con el del tren que llegaba entre bufidos y estridencias, que a mí me pareció que era él quien chirriaba. —¿El navarro, verdad? —Y por primera vez en su vida no alzó su linterna, del lado del vidrio verde, avisando “vía libre”. Me resultó doloroso oírlo decir, entre el vapor de la locomotora y su estrépito al detenerse: —¿Qué más te ha dicho? —Algo gritó el maquinista, no pusimos atención. —Nada. Eso y que eres hombre de palabra.

Se fue a sus rutinas, yo a las mías.

Después, ya vacío el comedor, lo vi arrimar el baúl de sus papeles a la chimenea, que es cuando le arranqué la explicación de porqué recibió a mi madre. Quería quemar las fotografías; sin hablar no lo dejé. Cartas y telegramas, sí, por rimeros, se fueron al fuego. Nos quedamos viendo cómo se hacían nada tantas desgracias.

—¿Te casas? —preguntó ya en pie. —Sí —le dije llevando el baúl de regreso a su oficina. No me respondió pero le pareció bien. Me vio dejar el baúl en su sitio, ya ligeros los dos. Él, más.

—¿De qué murió? —Nunca esperé de mí esa pregunta, y menos hacérsela a él. —Se desangró —me dijo lacónico y se fue a su cuarto. ¡Cuánto lo odié! Dos pinches palabras; no podía gastar más aliento en explicar algo que huele a crimen y todavía duele.



De nueva cuenta le entregué mercancía a mi cuñado; maté 24 cerdos; además, treinta piernas que él trajo las hice jamón;

la cosa marcha. Me ha convencido que tome para mí los cuartos de huéspedes de la planta alta. “Que tu mujer tenga sus cosas y su lugar; o haces tu propia casa”. Él sabe que no hay dinero para eso. Lo que se puede es lo otro. Total, para las pocas veces al año que se ocupan todos los cuartos.

Se lo dije a mi novia y se opuso. —Nada; en tu cuarto dormimos y lo demás igual; no hagas historias con tu padre, que me va a odiar. —Vaya, qué bien, es sensata.



Mi hermana menor nos mandó una carta en la que asegura que el día de mi boda, durante la misa, todo el convento va a encomendarnos a la Sagrada Familia. Que espera pronto saber que es tía de mi parte. Junto con la carta un paquete: un mantón que quita el aliento de hermoso, con una notita: “Que lo use para casarse, que está bendito”. Es un hermoso trabajo, pero, para mí, más que mantón es mortaja. No me gustó.

Esta carta la leí a Sebastiana, asegurándome que mi padre me oyera. No comentó nada pero el mantón, sobre el paquete abierto en la cocina, lo obligó a decir: “Es bonito”. Ya es mucho, pero, por el ceño, creo que también le recordó el otro, con el que enterramos a mi madre.



—Sebastiana —ya estábamos solos, era muy tarde—; dime si él la mató.

La gorda, abriendo los ojos, que pareció se le salían de la cara, me dijo agitada: —No, niño, no. Eso no.

Respondió con tanto horror y diciéndome otra vez niño, que le creí. Esa noche en la cama, lloré, no supe por qué.



Tantos años, pero finalmente mi hermana mayor y él se volvieron a encontrar.

Resulta que el gobierno iba a pagar la exhumación de todos los que están enterrados en el cementerio del pueblo para que pase por encima la carretera. Para convencer a la gente ya bardearon un terreno que va a ser el nuevo camposanto. Nos avisaron por carta que tal día a tal hora debemos trasladar los restos de mi madre; ahí van a estar sepultureros, camionetas y todo lo necesario. Junto con la carta una nota en mimeógrafo en la que se asegura que hasta un cura va a haber.

Le avisé a mi hermana. Llegó al viejo cementerio, junto con su marido y todos sus hijos, sus esposas, sus nietos y sus hijos chicos; hacíamos una tribu, grande como la del navarro. Me gustó.

Sebastiana lloró como si fuera el día del sepelio. Como estaban exhumando todos los cadáveres aquello era un hormiguero; funerales al revés que parecían romería.

Junto a la tumba de mi madre, mi padre y yo, los demás un poco atrás.

La caja estaba deshecha; los sepultureros llevaban bolsas de lona para los huesos y urnas de pino bien hechas y barnizadas, con una cruz de metal clavada en la tapa. Muy

cristiano todo para ser disposiciones de un gobierno laico y comecuras.

Las lápidas se cambiarían después; los monumentos también y otros se demolerían, para rehacerse pagados por la autoridad. Había un notario y muchos tipos llenando papeles.

No dejé que se acercara mi hermana a la fosa abierta. El que estaba adentro preguntó si queríamos, yo o mi padre, poner los restos en el bolsón. Negamos con la cabeza. Con mayor delicadeza de la esperada lo vi meter el cráneo, con largos pelos rubios, otros huesos, jirones de tela del vestido y del mantón aquél. Ya fuera de la fosa, metió la bolsa de lona a la urna, que tenía un número.

Cuando vimos que las urnas las apilaban en un camión de redilas, les dijimos que no, que nosotros la llevábamos.

Ésta fue una de esas veces que uno sentía orgullo de mi padre: viejo y todo, arrancó la lápida de la tumba y la llevó a pelo sobre la espalda. Lo quiso ayudar mi cuñado, pero él lo alejó con su mirada gélida.

Nos fuimos en fila rumbo al nuevo cementerio. Sí, había cura; un desconocido que asperjaba y rezaba algo en cada tumba abierta y en el camión de redilas.

Al pasar de regreso, uno de los empleadillos nos hizo señas. Fui: había que firmar papeles.

Empezó un rumor que nos alcanzó ya para irnos; en una tumba había un cadáver de más. Mi padre: impávido. Vi adonde se arremolinaba la gente, me quedé atónito.

Nos fuimos sin decir nada. En la estación del pueblo dejamos a mi hermana con su legión.

—Yo te quiero todavía, aunque seas cabrón —le dijo a mi padre, dirigiéndole la palabra por primera vez en tantísimos años. —Yo igual —le contestó él. No se tocaron. No me sorprendí, era de esperar que en ese trance él estuviera emocionado. Ella se quedó feliz, la conozco.

Nosotros tres regresamos en la carreta que me prestó el navarro.

—Ahí no fue —le dije refiriéndome discreto, al lugar en que habíamos enterrado al indito. —Es otro —me respondió.



Días después supe que se había armado una batahola con los parientes de dos difuntos, pues en cada una de sus tumbas había un cadáver extra: uno, un indio, a juzgar por la talla, el pelo y la ropa; el otro, un hombre de clase media; muerto a puñaladas a juzgar por las marcas en la pechera y el vientre del pantalón, español o criollo, por calzar alpargatas y por una boina que apareció en la fosa.

Se lo comenté a Sebastiana, oyendo mi padre. Ella, muda; él, tieso, y no era por el indito; comprendí. De pronto, supe todo.

Esa noche la gorda me lo despepitó:

Como llegado de otro mundo, un día se apareció en la estación un español que se hospedó aquí varios días. Desde el primer instante Sebastiana notó en mi madre cosas raras: dejó de atender el comedor; se encerraba en su cuarto todo el día diciendo que estaba enferma.

Mi padre no se daba cuenta o fingía. Se fue, igual, a entregar su informe mensual a la capital.

La primera noche en que mi madre se quedó sola, Sebastiana la oyó discutir con el hombre aquel, su primer marido, el padre de mi hermana mayor. A la mañana, mi madre le contó todo a Sebastiana, que se dedicó a no dejarla sola con él.

La segunda noche, sin haber sabido nunca si el otro forzó su entrada en la recámara de ella, o si mi madre lo recibió, pero el caso es que, para cuando Sebastiana la oyó gritar, era tarde: se vaciaba cosida a puñaladas.

Tengo para mí que ella lo dejó entrar, el marco de esa puerta es un polín, grueso; no tiene marcas; y nadie lo cambió, yo me acordaría.

Total, al regresar mi padre en la madrugada, se encontró con aquello; Sebastiana le dijo quién y por qué. Él veló y enterró a mi madre. Después se pegó al telégrafo y desapareció varios días. Regresó con aspecto fiero, embarrado y agotado. Ronco, amenazó a Sebastiana: "Ni una palabra". Se había llevado el puñal que ahora yo uso, con el que corté la pata de la mesa del administrador, el de matar cerdos.



—¿Cómo lo encontraste? —Él no es tonto y comprendió qué le preguntaba.

Soltó el aliento, mirándome sin hablar. Lo vi viejo, tan viejo.

Me arrepentí de haberlo acorralado con mi pregunta. No contestó, mejor.

Hasta en la noche, bajando su taza ya vacía de café con leche me dijo, a mí, pero viendo a la gorda: —Ni una palabra; por ellas.

Sí, ya se hizo viejo: ahora da explicaciones.

Se fue a sentar con nosotros, junto a la radio; Sebastiana se arrebujo mostrando su descontento. Yo subí un poco el volumen.



Mi hermana mayor viene cada vez con más frecuencia. Trae a sus hijos chicos y al primer nieto de su matrimonio, que del otro hombre tiene más.

Mi padre con los años, poco a poco, ha ido dejando de levantarse a atender los trenes de la noche.

Mi cuñado trajo un sastre que le ajustó el uniforme pues ha enflaquecido y luce de menor estatura. Por cierto, con eso del contrabando le va cada vez mejor, han estrenado una casa de muros de ladrillo; su mujer y la otra señora siguen juntas, pero por su gusto, que ya se quieren como hermanas.



## II

Sebastiana, cada vez más, deja labores en manos de mi esposa. No está mal, se lo ha ganado. Naturalmente, los chiquitos la llaman abuela. Eso, a mi padre lo disgusta mucho, pero no dice nada. A mí, me parece de justicia y mi mujer se los fomenta.

Ella, mi esposa, ha resultado la única persona capaz de obligar a algo a mi padre. Será por viejo, pero se le impone.

De tarde en tarde, ella saca las fotografías del arcón y a querer o no, él va diciendo nombres y parentescos que mi mujer anota atrás de cada cartoncito. Yo comprendo que no le guste; cada nombre trae una historia. La dejo hacer, está visto que ella sabe mejor que yo cómo lidiarlo. Lo veo ahí, muy derecho, sentado junto a la chimenea, reconociendo a los suyos. A veces protesta: —A este ya lo conoces. —Y la mira fijo, pero ella ni se inmuta: —Ni mi padre que es una bestia me ha metido miedo —le dice con su santa paciencia y le planta otra foto en las narices.

Yo, por mi parte, sé que hice bien casándome con esta que respeta mis silencios y no pregunta cosas; si acaso, me abraza y me dice bajito: —¿Por qué no lloras?



Está cerca Navidad. La gorda y mi esposa cocinan con frenesí porque se nos junta mucha gente, sumando la familia del navarro y de mi hermana mayor.

Mi padre, sentado junto a la radio, cerca de la chimenea, muy derecho y ceñudo, siente entre sus piernas que uno de mis hijos, que apenas camina, lo está meando. Lo voltea a ver sin abrir la boca. El niño le ríe. Mi padre vuelve la vista a la última carta que ha llegado de mi hermana la monja.

Cuando le quito al niño se nos cruza la mirada. Somos de poco hablar. Creo que lo quiero.





## CONTENIDO

I .....	11
II .....	129



- La edición estuvo a cargo de la Dirección de Publicaciones del CONECULTA-Chiapas. El estipendio entregado por el Premio Internacional de Novela Breve Rosario Castellanos 2017 y la impresión de *Casa fría* fueron auspiciados por la Secretaría de Cultura, gracias a los subsidios para instituciones estatales de cultura del Presupuesto de Egresos de la Federación.

Corrección de estilo / Liliana Velásquez Gómez

Diseño y formación electrónica / Mónica Trujillo Ley

- Se terminó de imprimir en abril de 2018 en Talleres Gráficos de Chiapas, en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez. Los interiores se tiraron sobre papel cultural de 90 kg y la portada sobre cartulina *couché* de 169 kg. En su composición tipográfica se utilizó la familia Nofret. Se imprimieron mil ejemplares.

